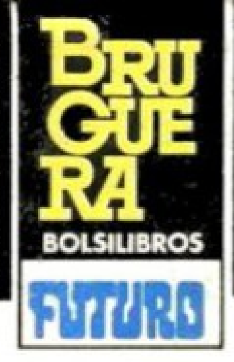


CONQUISTA ESPACIO

PLANETA REBELDE

Ralph Barby

CIENCIA FICCION


La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

684 — Los que no están. Frank Caudett.
685 — Un minuto en la cuarta dimensión. Ralph Barby
686 — El planeta de «no volverás». Adam Surray.
687 — La criatura de la Luna. Lem Ryan.
688 — El planeta maldito. Clark Carrados.

RALPH BARBY

PLANETA REBELDE

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 689
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal B. 29.215 – 1983

Impreso en España - Printed in Spain

2.a edición en España: noviembre, 1983
2.a edición en América: mayo, 1984

© Ralph Barby – 1970

Concedidos derechos exclusivos a favor

de **EDITORIAL BRUGUERA. S. A.**
Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1983

CAPITULO PRIMERO

—¡Alerta, Marte! ¡Alerta, Marte! Nos estamos aproximando rápidamente a la zona controlada por sus satélites.

Los tres hombres que componían la dotación de la pequeña nave interplanetaria quedaron tensos aguardando una respuesta, una respuesta que podía traducirse en un bombardeo de fotones de una de las baterías situadas en los lugares estratégicos de Marte.

Los cañones láser de gran potencia eran eficacísimos, gobernados y controlados automáticamente por radares unidos a un cerebro electrónico que proporcionaba cuantos datos fueran precisos.

Los panales del mando militar de Marte se hallaban sitúa dos en una zona de máximo control y seguridad, a una milla de profundidad bajo el nivel del suelo y protegidos por capas sucesivas de concreto armado, acero y tierras especiales que lo hacían invulnerable a cualquier ataque por duro que éste fuera.

Desde aquel puesto de mando se controlaba todo gracias a la unión electrónica de los quinientos satélites artificiales que como tenaces centinelas vigilaban el campo ionosférico del planeta, pudiendo controlar y rechazar cualquier ataque procedente del exterior.

En el control de mando militar y en cada panel, dos botones, uno verde de «si» y uno rojo de «no». Oprimir uno de ellos significaba paso libre o la destrucción total de cualquier nave u objeto que intentara traspasar la infranqueable barrera marciana.

Todos aquellos datos los conocían perfectamente el capitán Jack Savannah, comandante de la nave terrestre, y los tenientes Borodín y Kamura. Por ello, esperaban la respuesta del control de la colonia marciana. Un «sí» significaba la vida y un «no» la muerte.

Era como estar sentados en el banquillo de los acusados esperando el veredicto del gran jurado y sólo se les podía acusar de ser embajadores de la paz.

—Marte a la escucha. Conocen perfectamente el riesgo que corren cuando la distancia se acorte y sea la suficiente como para que nuestras baterías láser actúen al ciento por ciento de su efectividad. Serán destruidos y no podrán escapar. Están completamente controlados por nuestro sistema de alerta y

vigilancia.

—Atención, Marte, conocemos todos esos datos, pero somos una embajada diplomática. Pueden comprobar que nuestra nave no es de guerra y además venimos desarmados. La Confederación Terrestre sólo desea un diálogo directo con su alto mando.

Jack Savannah aguardó preocupado al igual que sus dos acompañantes. Era conocida la intransigencia del mariscal Wacho, jefe supremo de la colonia marciana y líder de la independencia de dicho planeta. No iba a ser fácil dialogar con él. Sus vidas dependían del caprichoso gesto de escoger entre un botón u otro, y si elegía el rojo, nadie podría pedirle cuentas por el asesinato de una embajada de paz exenta de armas, tres hombres que se estaban entregando en pro de un diálogo que facilitara los entendimientos, ya que la cerrada y tenaz defensa del planeta Marte hacia imposible por el momento un ataque militar que sólo obtendría un éxito parcial. Costaría demasiadas vidas humanas como par arriesgarse con él, pues sólo un ataque masivo lograría que algunas naves cruzaran las barreras de las baterías láser y se posaran sobre la superficie marciana escapando a la muerte.

—Marte al habla. Saben perfectamente que los terrestres no son bien recibidos.

—Venimos como embajada diplomática. Buscamos el diálogo, el entendimiento directo. Una conferencia pacífica seria beneficiosa para todos.

—No hay diálogo posible —objetó la voz proveniente de Marte.

—El mariscal Wacho nos recibirá. Repito que venimos en son de paz y estamos desarmados.

—El mariscal Wacho es el que les está hablando. Sé perfectamente que la nave de ustedes, según los datos de nuestros computadores, es una UF-1008, carente de armas y con una tripulación de tres hombres. ¿Quién la comanda?

—Jack Savannah, que es quien habla.

La voz de Marte repitió:

—¿Jack Savannah?

—Si, el capitán Savannah, hijo del brigadier Savannah.

—Bien, capitán, conozco a su padre y aunque seamos enemigos he de admitir que es un excelente estratega al que no hay que subestimar.

—Mariscal, estamos cruzando su ionosfera. No tardará en cortarse la comunicación en los breves minutos de descenso al cruzar la atmósfera marciana.

—Tienen vía libre. Tomarán suelo en el aeropuerto espacial. Coloquen el control automático en su nave y nuestro centro de computadores irá proporcionando al cerebro electrónico de su nave los datos necesarios para la toma de suelo.

—Comprendido, mariscal. No se arrepentirá de aceptar el diálogo. Hasta pronto, corto.

Una vez cerrada la comunicación, Jack Savannah puso el mando automático y dejó abierta la vía de recepción de datos para la toma de suelo.

El teniente Kamura preguntó preocupado:

—¿Vamos a fiarnos del mariscal Wacho?

Jack Savannah miró al teniente de origen japonés y perteneciente, como todas las razas de la Tierra, a la Confederación Terrestre, como se había dado en llamar la unión de todos los países.

—No nos queda otro remedio, Kamura. Los tres somos voluntarios de esta embajada de paz que muchos han calificado como misión suicida.

—Wacho es un traidor a la Confederación.

Por su parte, Borodín suspiró y dijo:

—Situaciones como ésta ya habían sido previstas un siglo atrás cuando los primeros viajes interplanetarios. Los biólogos y filósofos habían llegado a las mismas conclusiones. La técnica en este aspecto, ha llegado tarde, pero el hecho ha terminado por suceder. La rebelión de los colonizadores, un caso que no es nuevo en la historia humana.

—Pero todo ocurre cuando menos se espera —dijo Savannah _. Sale un fanático, un líder como César, Napoleón, Hitler, Mao, etc., y la guerra estalla. Creo que hemos conseguido un gran paso al aceptar al mariscal Wacho el diálogo. No olvidemos que desde hace un lustro, ninguna nave terrestre ha logrado posarse con éxito en la superficie marciana. Preparémonos para la dura entrada en la atmósfera marciana. Sujétense a los sillones, en breves minutos pasaremos de las cien mil millas hora a cero.

La nave interplanetaria, de forma oval, con fondo plano y la parte superior abultada, en la que se hallaba la cabina de mando, giró los

grados suficientes para colocar su parte frontal, más dura y cortante, encarada en la superficie del planeta, ofreciendo su casco el mínimo roce con la atmósfera.

El descenso se efectuó con rapidez, pero cuando se hallaban ya a nueve mil pies, la UF-1008 giró sobre sí misma, frenando la caída su fondo plano.

La nave accionó sus retropropulsores atómicos para frenar el descenso, al tiempo que era guiada hacia el gran aeropuerto espacial, de forma circular y situado en el interior de un gigantesco cráter natural.

Se hallaba circundado por paredes naturales, verticales en muchos de sus puntos.

El aeropuerto espacial de la colonia marciana, de fondo plano y construido en hormigón armado que no permitía la más leve grieta en sus cien millas cuadradas de superficie, estaba sumamente protegido por baterías láser y campos de fuerza atómica que en el caso de peligro inminente formaban una bóveda invisible. Al ser cruzada por cualquier objeto éste se desintegraba al hacer contacto con el fluido atómico' produciendo unos enormes relámpagos semejantes a los naturales del cielo de Montana en noches de tormenta canicular

No era fácil ver vegetación o vida alguna en la base, las paredes del volcán de duro basalto (extinguido hacia millones de años) ni en las laderas exteriores, pero a pocas millas y en la periferia del volcán, en todas direcciones, se extendían cultivos de las más vanadas especies vegetales. Más allá de ellos, la jungla ecuatoriana de Marte una jungla producida en gran parte por el ser humano casi un siglo atrás para fomentar la vida biológica en sus más vanadas especies.

Habían espolvoreado todo el ecuador marciano, en las cercanías de los canales, con variedad de semillas, recolectadas principalmente en Brasil, y productoras de frutos aptos para alimentar al hombre. Mas, se habían reproducido en tal cantidad y desorden, que en muchos lugares los troncos de los árboles formaban verdaderas barreras vegetales. Aquella jungla provocaba a su vez, por el escape de iones positivos por las puntas de sus ramas u hojas, tormentas de lluvia que completaban el ciclo biológico del planeta colonizado.

La nave terrestre quedó al fin inmóvil sobre el concreto de la base.

Jack Savannah desconectó el mando automático y suspiró.

—Hemos llegado y sin novedad.

Kamura, satisfecho por hallarse aún con vida, sonrió y dijo:

—Este es un éxito que pasará a la historia del ser humano. Hacía un lustro terrestre que ningún ser de la Confederación conseguía tomar suelo felizmente en Marte. Lo comunicaremos inmediatamente a la Confederación para que puedan celebrarlo.

—Yo me comunicaré con la Tierra —se apresuró a decir Borodín, al mando del control de las ondas hertzianas.

—Hágalo pronto, teniente. Se acerca el comité de recepción —indicó Jack Savannah.

A través de los miradores de grueso cristal vieron cómo dos *air-craft*, impulsados por energía atómica, se acercaban con rapidez deslizándose sin tocar el cemento de la pista y a una altura de tres pies sobre ella. Uno de los *air-craft* era de carga y bastante mayor que el otro.

—Aquí la nave UF-1008 llamando a la Tierra, aquí la nave UF-1008 llamando a la Tierra.

Ante el gesto nervioso de Borodín, que pulsaba varios botones de su panel control de enlaces, Savannah inquirió:

—¿Qué sucede, teniente, Borodín?

—No hay forma de emitir el mensaje. El emisor no funciona adecuadamente.

Kamura observó:

—¿Puede ocurrir algo anormal en las ondas? La verdad es que no hemos esperado el tiempo suficiente. Un radio mensaje por ondas hertzianas a la Tierra, a la distancia en que nos hallamos en estos momentos debido al perihelio de Marte en su eclipse solar, tarda tres minutos.

—Me temo —objetó Savannah— que deben inutilizar nuestras radiaciones absorbiéndolas en un campo de fuerza. No van a permitirnos comunicar con la Tierra por ahora.

—Atención, atención, terrestres, les habla la teniente Mettuna. Hemos captado su intención de comunicarse con el planeta Tierra y les hago saber que no podrán hacerlo a través de su nave.

—Atención, teniente Mettuna, le responde Jack Savannah,

comandante de la UF 1008. ¿Por qué no podemos comunicarnos con la Tierra? No somos enemigos ni prisioneros, sino una embajada de paz. Lógico es que queramos establecer contacto con nuestros superiores.

—Lo lamento, capitán Savannah, sólo cumplo órdenes. Ahora, dispónganse a abandonar la nave. Dejarán en ella todos los objetos metálicos y cortantes, cascos incluidos. Utilicen tan sólo la ropa indispensable en su uniforme.

—¿Hemos de abandonar todo nuestro equipo en el interior de la nave? —preguntó Jack Savannah por radio, comunicándose con los *air-craft* que acababan de llegar junto a nave terrestre.

Sí, existen órdenes muy severas de control biológico

Cualquiera de sus objetos puede llevar virus epidémicos nocivos para la salubridad de nuestra República Independiente de Marte.

—¿República? —masculĺó Kamura—. Dictadura, diría yo.

—Conténgase teniente Kamura —pidió Savannah—. No olvide que hemos venido como embajada de paz y peleando no ganaremos más que una guerra.

—Si no aceptan nuestras órdenes al pie de la letra, serán destruidos inmediatamente —advirtió tajante la teniente Mettuna.

—Cuidado capitán esa gente no habla por hablar —advirtió Borodín, el eslavo del trío.

Jack abrió el contacto y dijo:

—El capitán Savannah al habla. Seguiremos sus instrucciones fielmente, pero ¿cómo va a impedir que llevemos virus infectocontagiosos en nuestras orejas sin lavar?

—Muy irónico, capitán Savannah, pero todo está previsto. El vehículo de carga se situará frente a la escotilla de salida de su nave. Quedarán ante ustedes tres cápsulas de cristal, y tendrán el tiempo justo para introducirse en ellas saliendo de su nave. Les advierto que a partir del instante en que se abra su escotilla, les enviaremos una corriente de cianhídrico que eliminará cualquier microorganismo que puedan transportar con sus cuerpos. Si respiran en algún instante el gas letal, les matará a ustedes, pues la concentración es masiva.

—Comprendo, teniente Mettuna. Admiro su sistema de seguridad antivírica. Trataremos de no respirar para no ser nosotros quienes muramos en lugar de los virus que nos acompañan. Supongo que

luego desinfectarán totalmente el interior de la nave, ¡somos tan contagiosos!

—Sigue usted mordaz, capitán Savannah, y sabe bien que ciertos virus e insectos terrestres se desarrollan en volumen y se multiplican con una facilidad catastrófica para quienes habitamos en Marte. No podemos exponernos a una invasión. No olvidemos los estragos causados por dermápteros procedentes de la Tierra cuando Marte se hallaba carente de vida animal a excepción de las células primarias. Todavía estamos la pagando sus consecuencias y a un precio muy caro.

—Perfecto, teniente Mettuna. No es nuestra intención poner objeciones a su sistema de seguridad. Tenga en cuenta la fatiga del largo viaje que acabamos de realizar.

—Pronto descansarán.

Los dos vehículos marcianos, movidos por impulso de aire, se elevaron, mediante los chorros de aire que escapaban por su plataforma base, hasta situarse al nivel de la escotilla de la nave.

El *air-craft* de carga abrió su compuerta automáticamente. Se alargó una plataforma que tocó la nave terrestre justo una pulgada por debajo de la abertura de su escotilla.

El vehículo en el que viajaba la teniente Mettuna, jefe del servicio de recepción, tenía toda la cobertura de materia plástica transparente. Los terrestres pudieron ver a sus tripulantes al abrirse la escotilla de a UF 1008.

—¡Diablos! —silbó Borodín—. A eso le llamo yo mujeres bonitas…

La exclamación del eslavo no carecía de fundamento. Tres mujeres y tres hombres componían la dotación del *air-craft* de recepción. Los varones iban armados y las féminas controlaban los mandos del vehículo marciano.

La teniente Mettuna estaba en pie con un micrófono en la mano. Era rubia, espigada y joven. El uniforme se amoldaba a su cuerpo dejando entrever una figura atrayente que el tejido negro, con miríadas de puntos brillantes, realzaba.

El uniforme se pegaba a sus cuerpos como una segunda piel y se diferenciaba del masculino sólo en que el de los varones (de la cintura a las botas) era de color gris claro y el de las féminas enteramente negro.

Las otras dos chicas eran morenas, con cabellos largos al igual que la teniente.

Todas las cinturas estaban ceñidas por un amplio cinturón formado por un encadenado metálico en forma de escamas, de cuyos costados colgaban pistolas láser. El broche del cinturón, amplio y redondo, era el emblema de lo que se había dado en llamar la República Independiente de Marte.

—Capitán Savannah, pasen a las cápsulas. El cianhídrico está siendo disparado hacia ustedes.

Los tres hombres cruzaron la escotilla pasando al interior de las cápsulas de cristal, evitando respirar mientras eran envueltos en el gas CNH que dejaría sin vida a cuantos virus o microorganismos pudieran transportar.

Las cápsulas de cristal, en forma de prismas pentagonales puestos en sentido vertical, se cerraron automáticamente cuando los respectivos hombres estuvieron dentro de ellos.

Jack Savannah, al igual que sus compañeros, vio cómo un tubo brotaba de la nave-carga y se introducía en la UF- 1008, seguramente para barrer toda la vida que pudiera existir en su interior.

Volvió sus ojos hacia la teniente Mettuna y sostuvo la mirada de las pupilas de un azul claro, brillante y llenas de vida, de vigor, pero demasiado duras y heladas para pertenecer a una mujer.

Savannah comentó a sentir un intenso sopor y sus ojos se cerraron. Trató de mirar una vez más hacia la teniente, pero el hermoso rostro se fue haciendo cada vez más borrado. Ya sólo destacaba a sus ojos los labios gruesos, llenos de sensualidad, y de intenso tono cereza, que delataban la vigorosidad y frescura de sangre de su dueña. Más, las pupilas azules que ya apenas podía ver, resultaban demasiado frías, demasiado duras...

El narcótico que estaba penetrando en las tres cápsulas de cristal surtió su efecto y los terrestres no pudieron ver cómo la plataforma se retiraba de debajo de la escotilla y el vehículo de carga, con sus tres visitantes a bordo, se alejaba de la nave UF 1008.

CAPITULO II

Jack Savannah abrió los ojos lentamente. Junto a él vio rostro adorablemente femenino de la teniente Mettuna. Labios sensuales, pupilas azules, pero temiblemente frías. parpadeó y sonriente inquirió:

—¿Estoy en Marte o en el paraíso?

La teniente no parecía muy dispuesta a sonreír y aclaró:

—Ha terminado la cuarentena y los análisis exploratorios.

—Supongo que no soy un ser infecto-contagioso, de gran poder virulento para devorar la sangre de ustedes —objetó incorporándose sobre el diván en el que había despertado.

—No se haga el gracioso, capitán Savannah, no va a impresionarme. Sus pruebas han sido satisfactorias totalmente al igual que las de los tenientes Borodín y Kamura.

—Menos mal. De este modo no habrán problemas de orden físico en nuestra embajada de paz.

—Esta tarde les recibirá el mariscal Wacho en persona.

—¿Nos recibirá de uñas o con la mano tendida para estrechar la nuestra?

—Capitán Savannah, no vaya a olvidar que la República de Marte y la Confederación Terrestre están en guerra.

—¿En guerra? —sonrió con sarcasmo—. En guerra porque ustedes lo han querido, porque resolvieron independizarse un día. Una independencia absurda.

—Todo eso explíqueselo al mariscal Wacho y no a mí, capitán —replicó despectiva.

—Correcto. Olvidaba que es usted un bello y adorable robot, pero robot al fin y al cabo.

—¿Debo tomarlo como una ofensa? —inquirió ella endureciendo aún más el frió de sus ojos que tomaron un leve tinta anaranjado, como el cielo de un día invernal en el Polo Norte marciano.

—Disculpe, teniente, quizá he estado un tanto impertinente —Evadiendo los roces, preguntó—: ¿Cuántos minutos he dormido?

—Veinte días marcianos que son equivalentes a los días terrestres como usted sabe.

—¿Veinte días? —repitió incrédulo.

—Así es. Acabamos de entrar ya en el verano marciano que como usted sabe, dura sesenta y siete días más que el terrestre. M

—Un verano muy largo, espero que no se deba decir un largo, cálido y desastroso verano. Por cierto, en la Tierra creerán que hemos sido destruidos por la barrera defensora de ustedes después de veinte días de silencio.

Hemos tomado esa precaución y lanzado el radio mensaje en diez emisiones, distanciadas una hora cada una de ellas. Hemos comunicado la arribada a Marte de la embajada de paz de la Confederación Terrestre.

—¿Sólo eso?

—Se ha notificado que han llegado sanos y salvos y que están pasando el período de cuarentena.

—Pero ¿han mantenido diálogo con la Confederación?

—En absoluto, no tenemos nada que hablar. Sólo se ha emitido el mensaje y se ha recibido otro dando las gracias, pero no se ha respondido. No hemos caído en la treta infantil de ser forzados a un diálogo que no deseamos.

—Magnífico, teniente Mettuna, son ustedes muy sagaces, no se dejan sorprender por nada, pero ¿no se les ha ocurrido pensar que a veces, el ser infantil es ser más feliz que el ser sagaz?

La hermosa teniente no quiso responder. Advirtiendo que los otros dos cuerpos que se hallaban en sus respectivos divanes comenzaban a moverse, objetó:

—Sus subordinados empiezan a despertar. Esperemos que se comporten debidamente. Cualquier infracción de nuestras leyes, cualquier atropello contra la integridad de nuestra República, se castigará duramente.

—¿Incluso con la muerte?

—En efecto. Ustedes ya pueden agradecer el estar vivos en estos momentos. Son nuestros enemigos y varios oficiales, jefes de la República, ya han pedido su muerte. Sin embargo, el mariscal Wacho no ha cedido. Agradezcan, pues, el estar con vida.

—Descuide, teniente. Seremos hombres muy agradecidos.

Al ponerse en pie y ver cómo Borodín y Kamura se sentaban en sus respectivos divanes, Savannah observó que estaban vestidos con unas ropas distintas a las que llevaban al arribar a Marte.

La ropa era de color azul claro, carecía de botones y cordones y

se ajustaba debidamente a sus cuerpos, produciendo una sensación agradable. Poseían un amplio cinturón metálico con una gran hebilla sobre el vientre, una hebilla que no había forma de abrir ni hueco para cerradura alguna, como si se tratara de un candado.

Jack Savannah forcejeó con la hebilla tratando de quitársela, mas no lo consiguió. La teniente, que estaba frente a él, advirtió:

—Es inútil, no podrán quitarse los cinturones de seguridad.

—¿Cinturones de seguridad para quién, para nosotros o para ustedes? Me da la impresión de estar metido en un cepo.

—Cada cinturón está adaptado a cada uno de sus cuerpos. Si cometen alguna infracción al código de nuestras leyes, este cinturón les inutilizará primero y les provocará luego grandes dolores en el sistema nervioso. Un castigo mucho peor que una flagelación medieval.

—Diablos, esto no es ser muy hospitalarios, ¿no le parece?

—Pienso que todo es correcto. Debemos prevenirnos contra su intruismo, contra sus tretas. No nos fiamos. Sabemos que por poco que puedan tratarán de destruir nuestra República, pero estos cinturones que les han colocado después de los análisis, les impedirán internarse en los lugares indebidos para sus ojos curiosos o sus manos destructoras.

—Borodín, Kamura, ¿cómo se encuentran?

—Bien, capitán —respondió Kamura—, Parece que hemos dormido un largo rato.

—Nos han cambiado de ropa —observó Borodín, el rubio del trío, algo más bajo que Jack Savannah, pues éste llegaba a los dos metros con una gran complexión física y rostro muy viril.

—Si, nos han cambiado la ropa y nos han puesto un cinturón precioso, pero no se fíen, es como una argolla. La teniente Mettuna estaba aclarando que si cometemos algún desliz que infrinja las leyes de su República, este cinturón nos inutilizará y castigará. Según sus palabras, será peor que si fuéramos flagelados en tiempos del medioevo, pues el castigo repercutirá en nuestro sistema nervioso.

Kamura no era muy alto, pero sí recio y un perfecto campeón del kárate reformado. Los cantos de sus manos y codos eran capaces de abrir paso a través de tabiques de ladrillo. La madera no era obstáculo para él, y uno de sus golpes, técnicamente dirigido, era

suficiente para matar, lo mismo a un ser humano que a un buey.

Kamura quiso desprenderse del cinturón empleando su prodigiosa fuerza cuando de súbito su piel, amarillenta de natural, palideció intensamente. Sus piernas se contrajeron, lanzó un alarido y cayó de espaldas al suelo.

El movimiento de sus extremidades escapó a su control cerebral y se giró de un lado a otro en medio de grandes dolores internos reflejando en los gritos que profería, en la desorbitación de sus ojos, que semejaban querer saltar de sus cuencas, y una ligera espuma que asomó a sus labios.

Borodín saltó sobre su compañero y trató de sujetarlo para disminuir en lo posible su sufrimiento, impidiendo también que sus brazos o piernas se golpearan contra los divanes de la sala. Los dos centinelas armados vigilaban prestos con sus armas, pero sin intervenir. Sus rostros eran inexpresivos, como cincelados en hielo.

Jack Savannah cogió por el brazo a la teniente Mettuna, mujer de elevada estatura, pues frisaría en el metro setenta y cinco, de cuerpo carente de grasa, todo músculos recubiertos por piel tersa y cuidada.

—Suélteme el brazo, me hace daño y eso puede costarle caro, capitán.

—Vamos, detenga la tortura del teniente Kamura. Este es un espectáculo desagradable.

—Nosotros no hemos pedido que vinieran a Marte.

—Creí que existiría una posibilidad de diálogo y se están portando peor que los bárbaros que nos describe la historia. No les hacían semejantes torturas a los enviados de paz que, además, iban desarmados.

La teniente Mettuna respiró hondo. A Jack Savannah le dio la impresión de que aquella escena también le desagradaba.

—No puedo detener la tortura de su subordinado. La orden ha sido enviada y está mantenida desde el centro de control que nos está observando y escuchando. Yo no puedo hacer nada.

Sin soltar el brazo de la mujer, miró a las paredes, al techo, en busca del objetivo de alguna cámara oculta que no lograba descubrir.

—¡Vamos, corten la tortura, ya ha sido suficiente demostración! —gritó.

En voz baja, ante la crispación violenta de las manos de

Savannah, colérico ante la tortura que el teniente Kamura sufría a causa de aquel cinturón que enviaba un fluido electrónico que atravesaba sus intestinos, buscando la espina dorsal y atacando rabiosamente su sistema nervioso, la teniente Mettuna advirtió:

—Capitán, no apriete más mi brazo o tendré que gritar y en ese instante, a usted le sucederá lo mismo que al teniente Kamura. Todos lo lamentaremos, pero no habrá remedio.

—La soltaré, pero antes diga que termine la tortura de Kamura.

—Imposible, capitán. Yo no tengo facultades para ello.

—¿Por qué? ¿No está usted recibiéndonos, controlándonos?

—Los cinturones no son controlados por nadie específicamente.

—¿Cómo que por nadie?

—No. Las cámaras registran nuestras voces, cada uno de nuestros movimientos. Todo va pasando a la memoria del computador electrónico de seguridad, que coteja en milésimas de segundo todos los datos y posibilidades. Inmediatamente, da la orden consecuente y ante la fuerza e insistencia del teniente Kamura por quitarse el cinturón, el computador de seguridad ha dado la orden de castigo y prevención.

—Ya. No hay un responsable directo, es un cancerbero electrónico el que nos vigila, juzga y castiga como verdugo que es. —Sarcástico añadió—: Los cancerberos del infierno no me parecen tan repugnantes y temibles.

La teniente replicó:

—Son simples medidas de seguridad. ¿Qué prefieren, estar tras unas rejas, encerrados en un calabozo? Estos cinturones les permitirán sentirse libres siempre que no falten a las reglas o ataquen a algún vigilante o soldado de la República de Marte, porque inmediatamente recibirán el castigo correspondiente, se hallen donde se hallen.

—Comprendo. No somos una embajada de paz, nos hemos convertido en unos simples prisioneros a merced de la voluntad de una computadora electrónica que controlará cada uno de nuestros movimientos y nos torturará cuando cotejando su cinta perforada no coincidan los datos con los que tienen memorizados.

—Exacto. En vez de lamentarse, es mucho mejor que sean consecuentes y se adapten al sistema. Todo irá mejor para todos, para nadie es agradable un espectáculo como el que estamos viendo.

—¿Ah, no? Yo creí que usted disfrutaba viendo la tortura de mi compañero.

Kamura dejó de gritar y contorsionarse. Jadeante, fue ayudado a incorporarse por su compañero Borodín.

—¿Ha cesado ya la tortura?

—Creo que si, pero es como si me hubieran electrocutado —respondió Kamura.

—Bien, el castigo ha terminado —explicó la teniente.

—¿Siempre dura el mismo tiempo? —preguntó Savannah.

—No, el castigo dura en proporción a la falta cometida y no hay juez más justo que un ordenador electrónico.

—A mí no me parece tan justo. Carece de pensamiento, y piedad.

—Y de odio —puntualizó la fémina—, por ello es justo, no se deja influir más que por los datos que recibe.

—Será mejor que no discutamos este problema. Creo que jamás llegaríamos a un entendimiento.

—Probablemente, los terrestres y los marcianos ya no pensamos de mismo modo.

—Por supuesto. Ustedes creen que se han adelantado en su civilización, ¿verdad, teniente Mettuna?

—Podría ser, pero dejemos las polémicas a un lado y aclaremos lo que deben de tener en cuenta. No tratarán de quitarse el cinturón, después de todo tampoco podrían hacerlo. Tampoco atacarán a ningún vigilante o soldado de la República, y no cruzarán ninguna puerta ni se internarán en ningún corredor donde vean la señal, un triángulo rojo, que les prohíbe el paso. En cualquiera de las infracciones, el control de seguridad actuará contra ustedes. Ahora, al caminar tengan en cuenta que la gravedad marciana es aproximadamente un tercio de la terrestre.

—Gracias, teniente, pero hemos sido bien preparados para caminar y movernos en la superficie de Marte con su tercio de gravedad, lo que no está claro es la atmósfera.

—La falta de oxígeno en los lugares vitales, está resuelta en la capital de la República en cuyo lugar nos encontramos ahora. Sus dependencias están totalmente construidas en el subsuelo a distintas profundidades.

—¿Bajo el cráter del volcán en el que descendimos con nuestra nave?

—Sí, un volcán gigantesco extinguido hace quizá millones de años y con grandes cavidades y túneles ahora vacíos.

—Túneles y salas que ustedes han aprovechado para construir la capital de la República.

—Exactamente, capitán, una ciudad invulnerable. El oxígeno no falta en la ciudad, en el subsuelo ni en el aeropuerto por grande que éste sea.

—¿Parten de la abundancia de cloratos potásicos para liberar el oxígeno que precisan para la vida, teniendo en cuenta la pobreza de oxígeno natural que existe en la atmósfera marciana?

Mientras Kamura se reponía, ayudado por Borodín, la te mente Mettuna explicó suficiente y casi despectiva:

—Marte no está tan carente de oxigeno como se creía en un principio. Posee muchos compuestos ricos en oxigeno y si el oxigeno no está libre, sólo hace falta liberarlo. Nosotros hemos montado los medios para obtenerlo masivamente y si tenemos en cuenta que el esfuerzo que debemos realizar para movernos normalmente es tres veces inferior al que haríamos en la Tierra, resulta que estamos mejor provistos de oxigeno que ustedes en su viejo planeta.

—Teniente Mettuna, habla usted como si no perteneciera a la Tierra.

—Es que no pertenezco a la Tierra, como los yanquis no pertenecían a Inglaterra, Alemania, Polonia o España. Pero, dejemos la política para que usted hable de ella a nuestro mariscal.

—De acuerdo, pero hablando del oxígeno, no me dirá que han conseguido una atmósfera rica en oxigeno alrededor del planeta Marte. Seria un milagro demasiado grande para creerlo.

—Un milagro que esperamos conseguir un día u otro. De momento, hay oxigeno sobrante en la ciudad, el aeropuerto, las canteras y las plantaciones agrícolas que nos abastecen.

—¿Y el resto?

—El resto sale un poco más caro, pero no es tan difícil obtenerlo. Cada hombre lleva su pequeño equipo de subsistencia.

—Que les limitará el tiempo.

—En absoluto. Ellos no llevan una carga de oxígeno a la espalda como se llevaba primitivamente. El equipo consiste en un gramo de bradilio.

—¿Bradilio?

Ella sonrió aún más suficiente.

—Si, un elemento sintetizado por nosotros y sumamente radioactivo que produce un efectivo bombardeo de electrones sobre el gas ozono, transformando este gas, picante a la mucosa humana, en oxígeno puro al igual que una descarga eléctrica haría la reacción a la inversa, transformando el oxígeno en ozono que es lo que se había hecho hasta ahora en la Tierra. Cubierta la cabeza con un simple casco plástico que no pesa y que no es necesario ajuste por su base inferior al cuello, se va obteniendo todo el oxígeno necesario para un humano. El gas ya respirado, salido de los pulmones, escapa por la parte baja y abierta del casco plástico.

—Un equipo aparentemente sencillo pero práctico e ingenioso.

—Exacto. Ahora, creo que el teniente Kamura se ha recuperado ya podemos abandonar esta cala

La teniente Mettuna, con su maravillosa figura perfectamente modelada por el traje negro que vestía, dio la espalda a Savannah y se dirigió a la puerta. El capitán de la Confederación pudo admirar el espléndido movimiento de sus caderas y muslos.

La fémina, al no notar pasos tras ella, se detuvo y volvió la cabeza.

Captó la intensa mirada del hombre, y en contra de su voluntad, sus mejillas adquirieron un ligero tinte rosado, una sensación que antes no habla sentido jamás. Rápidamente, como cogida en falta, giró su rostro hacia la puerta. La debilidad, en la República de Marte, se pagaba cara.

—Muchachos, síganme. Vamos a ver al mariscal Wacho —dijo Jack Savannah.

CAPITULO III

El mariscal Wacho era un hombre alto, magro, de origen anglosajón, mas en su árbol genealógico se había mezclado alguien con piel de bronce, tez que había heredado. Su edad sobrepasaba los cincuenta años terrestres.

El uniforme que vestía en nada recordaba al que luciera años atrás como general de la Confederación. Era recargado, con charreteras, insignias simbólicas, gorra de plato con visera y doble entorchado con la insignia elegida por él que representaba a lo que había dado en llamar República Independiente de Marte.

Portaba un cinturón igual al de la teniente Mettuna, pero en oro y una pistola láser, más por signo castrense que por defensa propia.

—Bienvenidos a la República Independiente de Marte. Capitán Savannah, ¿cómo está su padre el brigadier?

—Mi padre está bien. En cuanto a sus palabras de bien venida, no corresponden con esto que nos atenaza las cinturas, mariscal —se tocó el cinturón.

Wacho sonrió y se sentó tras la amplia mesa despacho en la que destacaba un reducido pero complicado panel electrónico.

—Es pura seguridad, capitán Savannah. Usted podría ser un espía.

—Mariscal, entre militares eso es un insulto y usted lo sabe. Uno de mis hombres ha sido torturado por este maldito cinturón que nos ha impuesto como una cadena.

—Ya he sido advertido de tal hecho y lo deploro, pero nada puedo hacer. Es el centro de seguridad quien ha considerado oportuno enviar la orden de castigo. Si ustedes cumplen lo que la teniente Mettuna les ha indicado, nada sucederá y el lamentable suceso del teniente Kamura no se repetirá.

—Eso espero, mariscal. En la Tierra se ha hablado de su extrema crueldad y confiamos que sólo sean rumores.

Wacho, de rostro delgado y anguloso, sonrió despectivo.

—Parece que sus palabras son más advertencias que simples rumores, capitán. ¿No se da cuenta de que en Marte mando yo y que la Confederación nada puede hacer para destruir nuestra República?

—Mariscal, la Confederación desea evitar la guerra.

—¿Una guerra? —rió abiertamente—. ¿Se da cuenta de que nuestro sistema de seguridad, contraataque, defensa y resistencia es muy grande y que no llegarían a tener éxito en su ataque?

—Eso está por demostrar, mariscal, y usted lo sabe. Su sistema de satélites artificiales para la vigilancia y ataque podría resultar insuficiente.

—¿Viene a darme un ultimátum, capitán Savannah?

—Si se lo diera la Confederación, ¿qué respondería?

—Es usted diplomático. No se arriesga a darlo, sólo apunta la posibilidad. En fin, le responderé francamente. Jamás aceptaría un ultimátum. Si la Confederación quiere guerra, la tendrá.

El brillo de los ojos del mariscal Wacho fue muy especial, casi fanatizado, esquizoide. Savannah decidió tener cautela con el maníaco castrense.

—¿Por qué este afán de defender la independencia hasta la última gota de sangre, mariscal? Después de todo, ustedes son terrestres como nosotros. Marte era un planeta carente de vida, sólo tenia vida primaria, células que tardarían millones de años en evolucionar.

—Capitán Savannah, le aclararé que el setenta por ciento de cuantos habitan actualmente en Marte han nacido en este planeta y su fisiología se está adaptando cada vez más a las propiedades físicas de Marte, como son su gravedad, su escasez de oxigeno, sus largos veranos e inviernos. No, ya no son terrestres, lo fueron sus padres, sus abuelos, pero ellos ya son marcianos y se enorgullecen de ello. Aquí sucede como ocurrió en los Estados Unidos. Eran europeos, pero formaron una nueva nación y en Rhodesia ocurrió otro tanto y en África del Sur. En varias naciones latinoamericanas, sus jefes tienen más sangre española que india y, sin embargo, se consideran sudamericanos.

—Esa fase ha sido superada en la historia terrestre, mariscal. Ahora todos estamos unidos en una Confederación que ayuda a unos y a otros, que evita el hambre, que unifica la lengua, el dinero y la cultura. Por ello, causó estupor cuando hace más de una década usted, súbitamente, se apoderó del mando de la colonia marciana constituyendo una república independiente. Una decisión unilateral y absurda.

—Posee una lengua muy vivaz, capitán Savannah. Diría que ha

salido a su padre.

—He venido como embajada de paz, pero es necesario que se aclaren algunos puntos para que el posterior entendímiento sea más positivo.

—Cuando declaré la República de Marte, cuando hice de este planeta una nación independiente, la Confederación nos atacó durante siete años terrestres y causó muchos destrozos en Marte, pero no consiguió su objetivo. La sangría fue grande para ambas partes, pero la primera victoria fue mía.

—¿Dice suya, mariscal, y no de su República?

—No se pase de listo, capitán, mi paciencia tiene un límite. Yo he sacado adelante mi país. Trabajamos duro para cerrar las defensas y que no pudieran haber más incursiones. A la Confederación le costó muchas naves interplanetarias el constatarlo, porque ninguna de ellas logró cruzar con éxito nuestras barreras. Luego, cinco años de completo silencio en los cuales mi pueblo ha trabajado protegiéndose más y más, haciéndose más fuerte contra los posibles invasores. Ahora, es del todo inútil un ataque de la Confederación para apoderarse de Marte y convertirla de nuevo en una colonia, robándole su autodeterminación. Somos como un hijo de la Tierra, es cierto, pero hemos crecido y todo hijo, por ley natural, se emancipa y quiere vivir por sí mismo, con sus propios medios, sin aceptar las órdenes ni las leyes del padre. Esta es nuestra postura general.

—Mariscal Wacho, pese a la gran distancia que separa Marte de la Tierra, tenemos noticias de que no todos los habitantes de Marte están conformes con su independencia unilateral. Como dirían en épocas pasadas, la independencia es la voluntad de todo el pueblo que quiere independizarse. Luego se hace un referéndum y se nombra jefe de estado, postura que por otra parte ya están caducas a la altura en que hemos llegado de nuestra civilización.

—No pretenda darme lecciones, capitán Savannah. No me gustan los que quieren pasarse de listos —advirtió sombrío—. Por otra parte, en todo régimen independiente, sea el que fuere, hay descontentos. La ley no se hace nunca a gusto de todos.

—¿Quiénes son los descontentos, mariscal, los esclavos?

—En Marte no hay esclavos. Existen tres clases sociales: Obreros, soldados vigilantes y oficiales.

—Supongo que los oficiales son la aristocracia.

—Como en todas partes.

—Mariscal, ¿no se ha detenido a reflexionar que su forma de pensar no es buena para el pueblo que le sigue?

—Es buena para la nueva raza que se está creando en Marte, la raza de los elegidos, de los hombres psíquica y físicamente perfectos, sin taras. Mujeres como la teniente Mettuna, hermosas y sanas, de caderas adecuadas para dar a luz nuevos marcianos cada vez más perfectos. Seremos una raza superior, cuidadosamente perfeccionada y conservada.

—Se tienen noticias en la Tierra de que han cosechado éxitos asombrosos dentro del campo de la eugenesia por el RND y el DNA.

—Sí, es una forma de ganar tiempo al tiempo. Inyectamos la memoria de técnicos atómicos a los niños escogidos y éstos aprenden muy aceleradamente. Los resultados todavía no están completos, somos una nación joven, pero confío en que muchachos de quince años estarán preparados técnica mente a la altura de graduados terrestres de cuarenta años.

—Usted no quiere una raza nueva, mariscal, usted está haciendo robots deshumanizados de los seres que Dios creó.

—Yo también crearé. Está en mi mano el hacerlo.

—Existe cierto paralelismo entre su política y la ya histórica hitleriana.

—El nazismo hace casi siglo y medio que nació y desapareció. Ni Hitler estaba preparado para lograr su nueva raza de hombres perfectos ni sus hombres eran los idóneos Tampoco poseían los medios adecuados. La ciencia aun se hallaba en sus primeros balbuceos.

—La ciencia siempre se halla balbuceante, mariscal. Lo mismo dirán de nosotros quienes vivan un siglo después.

La teniente Mettuna seguía fría cerca del trío terrestre. Kamura y Borodín callaban, dejando el mando de la entrevista al capitán Savannah que en muchas de las ocasiones estaba resultando muy duro con Wacho. Todos temían que este estallara de un momento a otro.

De pronto, Wacho se echó a reír. Su risa fue algo sardónica— casi absurdo. Cuando hubo controlado su hilaridad, sabiéndose centro de todas las miradas, dijo:

—Capitán Savannah, más que un soldado, me parece usted un campeón de la dialéctica. Sabe algunas cosas de Marte que han llegado a oídos de la Confederación a través de algunos rebeldes que tenemos en nuestra república, rebeldes que por lo visto han logrado construir un emisor. Por supuesto, intensificaremos la búsqueda de esos entes subversivos y los aplastaremos ejemplarmente. Voy a tenerles como invitados míos, quiero que conozcan bien a Marte, su nueva sociedad, nuestra forma de desenvolvernos. La teniente Mettuna se encargará de mostrarles todo lo que está permitido ver, claro.

La aludida miró a Savannah y éste respondió:

—Estoy seguro de que la teniente será un magnifico guía, pero ¿no teme que veamos más de la cuenta, mariscal?

—Oh, no, todo lo que ustedes puedan ver no es secreto. Por supuesto, tendrán sus dependencias particulares y podrán ir y venir por nuestra ciudadela sin que nadie les moleste. Son mis invitados, no mis prisioneros.

El teniente Borodín objetó sin poderse reprimir: —Pues yo tenía una impresión contraria, mariscal.

Savannah añadió:

—Espero que durante nuestra estancia aquí podamos hablar más tranquilamente con usted, mariscal, diálogos menos mordaces que el presente. Es deseo de la Confederación que lleguemos a un acuerdo.

—¿Cuál acuerdo, capitán?

—La paz.

—Por mí, la paz está conseguida, que no molesten Marte te y no habrá guerra.

—Usted sabe lo que digo, mariscal. Deberá anular la república y unirse nuevamente a la Confederación.

—Eso jamás, capitán, antes convertiría a Marte en millares de pequeños asteroides que errarían por el espacio o darían vueltas en torno al sol. Hay una bomba colocada cerca del núcleo marciano, lo suficientemente potente como para que el planeta reviente igual que una granada entre los dedos de una mano poderosa.

—El suicidio de toda una población es absurdo, mariscal, y usted lo sabe. Por lo menos, haga un referéndum, pregunte cuál es la voluntad de todos en Marte.

—No importa cuál sea la voluntad de todos, sino la mía y la de

quienes creen en mí, de los elegidos para perfeccionar y perpetuar una raza pura que por su inteligencia, fuerza, salud y belleza se impondrá sobre todas las demás.

—Sí, sobre todas las demás. El resto de los seres humanos seremos como animales domésticos que deberemos realizar los trabajos que la superraza, ya deshumanizada, no querrá hacer. ¿No se da cuenta de que lo que pretende es una aberración, ir contra la naturaleza?

—¡No! —brincó poniéndose en pie furioso. Dio un puñetazo sobre la mesa y prosiguió—: En el proceso de evolución y perpetuación de las razas, siempre ha sucedido lo mismo. Los fuertes, los perfectos, son los que han sobrevivido. Los débiles sucumben, mueren para poder alimentar a los fuertes y al mismo tiempo, el paso de los aptos da lugar a una mayor perfección. —Pulsó un botón y en la gran pantalla visora, de diez yardas cuadradas, aparecieron fotografías de cráneos humanos—. Fíjense en el cráneo de un antropoide junto al del antropomorfo superior. Luego, el hombre de Pekín el de Neanderthal, el CroMagnon, el hombre ya civilizado, el actual... Fíjense, todos han evolucionado. Hay más cráneos, más capacidad y talento, más perfección, y este otro… —señaló un cráneo más abultado— será el que poseerá mi superraza, sólo que yo no esperaré un millón de años para que todo este progreso evolutivo tenga lugar. No, poseo medios y poder para que la evolución sea rápida. Mis científicos tienen control sobre la eugenesia.

—De momento, los grandes éxitos que usted pretende no han sido obtenidos, mariscal.

—Pero se conseguirán, todos tenemos fe en el mariscal Wacho —expuso tajante la teniente Mettuna.

—Ya lo ha oído, capitán. La teniente, como otros miles de seres, cree en mi, en nuestra ciencia y en las condiciones teológicas, físicas y atmosféricas de Marte que favorecen el desarrollo de nuestro trabajo.

—No me dirá que utilizan a sus superhombres como cobayas para que los científicos puedan conseguir éxitos, .verdad?

—No, de los elegidos no se expone a nadie, ni a ellos ni a sus descendientes. Para eso tenemos obreros voluntarios que se ofrecen pasivamente a los experimentos de la ciencia y el progreso. Ellos se sacrifican para que podamos obtener ana raza mejor que domine el

universo.

—Voluntarios, ¿verdad? —silabeó Savannah con sarcasmo.

—¿Sigue pensando que existe cierto paralelismo con la doctrina nazi, capitán?

Savannah no tuvo tiempo de manifestar todo el desprecio que sentía hacia aquel hombre engreído que gustaba del poder, la ambición, el dominio y era al propio tiempo despiadado con sus semejantes que, por supuesto, él no consideraba fueran tales semejantes, sino simples esclavos aunque los denominara obreros. En aquel instante, sonó la señal de alarma.

La autoridad suprema de Marte pulsó un botón preguntando:

—Seguridad, ¿qué está ocurriendo? La computadora de seguridad, facultada para responder de un modo parlante, explicó con su tono mecánico y un tanto femenino:

—Un obrero del campo agrícola septentrional ha cruzado la barrera de vigilancia, escapando.

Todos contuvieron la respiración, esperando más noticias.

Wacho inquirió:

—¿Está siendo perseguido?

—Si, por los *air-craft* de la zona.

—Bien, que pasen visión de los *air-craft* a la pantalla de puesto de mando del mariscal Wacho.

Inmediatamente se iluminó en color la gran pantalla Todos volvieron sus ojos hacia ella y vieron aquella especie de jungla marciana compuesta de árboles y arbustos frutales.

No muy lejos podían verse dos *air-crafts* sobrevolando la maraña vegetal en busca del fugitivo.

La imagen se centró en un lugar lejano de la selva donde parecía existir un claro. En primer plano apareció una hormiga monstruosa, con una envergadura superior a los dos metros y un peso cercano a los cien kilos terrestres. En sus patas, y especialmente en las tenazas que formaban sus mandíbulas, tenía un poder terrorífico.

El teniente Kamura no pudo por menos que exclamar, atónito y abatido:

—Entonces, era cierto, en Marte tienen hormigas gigantes.

CAPITULO IV

—¿Las proporciones de la hormiga son las que estamos viendo, mariscal? —inquirió Savannah.

—Teniente Mettuna, explíqueles por qué están esas hormigas gigantes en Marte.

—La intromisión de una hembra dermáptera en uno de los cohetes que vinieron a Marte, hace ya de eso cerca de un siglo, fue catastrófica. El dermáptero sobrevivió al viaje interplanetario y ya en el espacio, falto de gravedad, por lo visto sufrió una mutación en sus genes, mutación que no fue advertida en el primer instante. Luego, al reproducirse aquí en Marte, alimentándose en principio de la vegetación que tos humanos habían sembrado, fue haciéndose cada vez más grande hasta llegar a una evolución completa.

Jack Savannah arguyó:

—No me dirá que la mutación del dermáptero fue tan grande como para pasar de tres centímetros a una envergadura semejante. Esa hormiga debe tener dos metros.

—Dos metros no, hasta tres —puntualizó el propio mariscal Wacho sin apartar su mirada de las imágenes que aparecían en la gran pantalla, en la que se podía ver la caza de un obrero fugitivo de una granja agrícola marciana.

El teniente Kamura observó:

—La zoología no es mi fuerte, y menos la entomología, pero creo que un dermáptero es un insecto vulgarmente llamado tijeretas, ¿no?

—Exactamente —asintió la teniente—, insectos ahora peligrosísimos y voraces porque lo mismo son herbívoros que carnívoros. Sus pinzas, cuando atrapan a un humano, a un animal doméstico o pelean contra una hormiga, son terribles y muy cortantes. Las propiedades físicas de Marte son idóneas para estos insectos, en especial su tercio de gravedad con respecto a la Tierra y la escasez de oxigeno pues los dermápteros precisan de poco. Su forma de vida (se esconden en túneles que ellos mismos cavan o entre las zonas rocosas que abundan en Marte) y la velocidad que pueden alcanzar gracias a su juego de patas, les convierte en alimañas sumamente peligrosas y difíciles de exterminar. Cuando se

cree haber acabado con ellas, existen centenares de hembras incubando sus huevos bajo el suelo, huevos que luego pueblan nuevamente la superficie de dermápteros.

—¿Es cierto que las hormigas se hallan en Marte para combatir a los dermápteros en su propio terreno?

A la pregunta de Savannah, el mariscal asintió:

—Así es. Nuestros científicos estudiaron el proceso de mutación y agigantamiento de los dermápteros y poseyendo unas características similares a la hormiga, fue tratada hasta conseguir su crecimiento.

Borodín se arriesgó a decir:

—Pero esas hormigas también resultan sumamente peligrosas. Es sabido que las hormigas son carnívoras y si ellas atacan a los dermápteros para combatirlos, también atacarán los humanos y animales domésticos.

—No. Las hormigas sólo atacan a los dermápteros, a lo animales domésticos que no están bajo control y a los obreros que están fuera del cinturón de vigilancia.

—¿Quiere decir que si esa hormiga descubre al obrero fugitivo lo atacará?

—En efecto, capitán Savannah, ése es uno de los riesgos que corren los fugitivos. La muerte por el ataque de un dermáptero y hormiga gigante, un fin igualmente desagradable. Ellos pretenden fugarse, se ponen nerviosos y lo pagan con la muerte. Jamás conseguirán huir para formar un pueblo distinto en Marte, refugiándose en cualquier lugar inhóspito Todo el planeta está controlado.

—Si me permiten preguntar —medió Kamura—, ¿Por qué las hormigas no atacan a los soldados o vigilantes?

—Cada hormiga está controlada. Al nacer se les introduce inmediatamente un electrodo en una parte determinada de su pequeño cerebro, cargado con una pila que durará toda la vida del insecto.

—¿Y ese electrodo les impide atacar a los soldados?. —inquirió Jack .

—Sí. Al estar cerca de uno de mis hombres experimentan cal dolor en una zona delicada de su cerebro que huyen y no presentan pelea. No ocurre así con quien no lleva la defensa electrónica

apropiada.

—¿Y es mucho preguntar si nosotros la llevamos?

El mariscal Wacho sonrió ante la pregunta de Savannah.

—Respóndales, teniente Mettuna.

—Solamente los soldados y los elegidos tienen esa protección, nadie más. Por ello es mortal, salir de las zonas controladas por nuestros soldados y el que lo sabe.

—Pero esas hormigas pueden escapar a su control —objetó el teniente Borodín—. Pueden reproducirse a millares, viéndose imposibilitados para introducirles en el cerebro esos electrodos.

—En absoluto, teniente —replicó la fémina—. Controlamos la evolución del gran hormiguero, cada puesta de huevos por la reina y el nacimiento de las larvas. Inmediatamente, nuestro equipo científico penetra en el hormiguero sin ser atacado, pues las hormigas ya se han acostumbrado a ellos. Se les envía una corriente eléctrica que les causa un tenue dolor que les haga rehuir a nuestros hombres pero sin llegar a irritarlas. Luego, se prepara a las recién nacidas y se da muerte a las larvas príncipes y princesas para que en viaje nupcial no salgan a formar otro nido. Cuando en el departamento científico y de seguridad se considera que la reina ya está vieja para la ovulación, se deja nacer una princesa y se elimina a la vieja. La joven ocupa su lugar y después de su viaje nupcial, antes de que consiga formar un nuevo nido, es cazada y regresada al interior del nido donde ha nacido. Todas las hormigas, muerta ya su reina vieja, le rinden pleitesía y el ciclo prosigue.

—Magnífico, son ustedes muy sagaces, lástima que no hayan podido hacer lo mismo con los dermápteros —ironizó Savannah.

El mariscal Wacho aclaró:

—La reproducción de las hormigas y la de los dermápteros es distinta. Mientras las hormigas forman una comunidad sólida y autosuficiente, los dermápteros son solitarios Cada hembra puede reproducirse y cada una de ellas, una vez fecundada, busca un lugar distinto para anidar e incubar sus huevos, cosa que no hacen las hormigas. También carecen del gran poder de intercomunicación que poseen las hormigas. Los dermápteros son solitarios, a lo sumo se puede tropezar con una pareja si están en apareamiento o con varios jóvenes producto de una nidada con su madre al frente porque todavía no han tenido tiempo de desparramarse y buscar su

propia vida, cosa que no ocurre con las hormigas que siempre permanecen juntas.

—Incluso para la guerra —puntualizó la teniente Mettuna.

—Exacto, incluso para la guerra. Un dermáptero, con sus largas pinzas y tras dura pelea, es posible que venza a una hormiga, pero el dermáptero está solo y en cambio la hormiga mediante sus antenas, pide auxilio a sus soldados. Da la posición exacta de la pelea y pronto el duelo se transforma en una lucha desigual. Un par de docenas de hormigas soldados terminan rápidamente con el dermáptero que es descuartizado y transportado al interior del nido para formar parte de su almacén de víveres o sirve para la fermentación de hongos que las hormigas son tan dadas a cultivar a muchos pies de profundidad.

—¡Miren, ahí está el fugitivo! —exclamó la teniente señalando la pantalla.

En aquellos instantes la jungla se veía muy lejana, como si la cámara estuviera en una aeronave volando a gran altura.

Un punto amarillo corría por entre la enmarañada jungla de frutales cuyas ramas se enredaban entre sí. El mariscal Wacho giró una de las esferas graduadas de su panel electrónico y la pantalla se centró en el punto amarillo. Luego, como provista de poderosas lentes de aumento, la imagen se fue haciendo cada vez más grande hasta quedar el fugitivo en un primer plano.

Aquel hombre reflejaba la desesperación y el terror en su rostro magro, enjuto y afilado. Vestía una especie de uniforme consistente en pantalones y jersey amarillo. Calzaba botas del mismo color y llevaba la cabeza totalmente rapada.

Era obvio que pertenecía a la raza blanca y posiblemente habría nacido en el planeta Tierra.

—¡Fíjense, una hormiga gigante lo persigue! —observó Kamura.

La visión retrocedió una decena de yardas en su aumento y en la pantalla quedaron el monstruo y el evadido que, saltando por entre los troncos y raíces, trataba de escapar La hormiga corría más que el fugitivo, pero éste pasaba por entre los huecos de los árboles, lugares por donde el insecto no cabía con su cuerpo, mayor que el del ser humano. Se veía obligada a cortar con sus tenazas los arbustos para abrirse paso en su persecución, siempre moviendo las antenas para que el hombre no escapara a su localización, ya que

carecía de ojos.

Los tres *air-crafts* que habían comenzado la búsqueda se hallaban ahora inmóviles en el aire, contemplando el desarrollo de la escena. La posición del fugitivo estaba plenamente localizada, no sería posible que volviera a escapar.

—¿Por qué no bajan a rescatarlo? —increpó Savannah encarándose con el mariscal Wacho.

Fríamente, el jefe de aquella república respondió:

—La pena por la fuga de los campos de trabajo es la muerte. El lo sabía al huir.

—¿La muerte? Es una ley demasiado dura, pero aunque llegara a admitirlo, no es lo mismo morir por desintegración que ante ese horripilante monstruo.

—Capitán, le agradecerla que no se inmiscuyera en las leyes privadas de nuestra nación. Ese hombre se ha hecho acreedor a la muerte y no hay por qué capturarlo para luego la eliminarlo.

Hágalo como es humano hacerlo, incluso dará ejemplo a los demás para que no escapan. Se darán cuenta de que están bajo el imperio de la fuerza y el sometimiento y no huirán.

—El ejemplo lo tendrán igualmente, capitán —dijo con frialdad el mariscal—. Cuanto estamos viendo ahora directamente, es grabado por el sistema de videotape cien milímetros incluidos los sonidos, con gran calidad para que luego sea suficientemente impresionante. La grabación se pasará en todos los comedores de los obreros.

—¡Mire, capitán, un dermáptero acaba de cazarlo!

En efecto, de entre un montón de hojas caídas, surgiendo de debajo de la tierra, una larga y monstruosa pinza atenazó al fugitivo por la cintura

Se escuchó un alarido infrahumano. De inmediato surgió el gran insecto, con una envergadura superior a los dos metros sin contar pinzas ni antenas.

El hombre se debatía mientras la pinza le asfixiaba e iba cortando su cuerpo, dispuesta a seccionarlo en dos.

La segunda pinza ayudó en la caza, atenazando al fugitivo por las piernas. Inmediatamente, fue izado en el aire y el gigantesco y monstruoso insecto se dispuso a deglutirlo. Mas, entró en acción la hormiga perseguidora que no estaba dispuesta a dejar perder su

presa y menos frente al enemigo mortal.

—¡Mariscal, esto es repugnante! ¡Dé orden de que ese hombre sea salvado de esas bestias monstruosas! —gritó Savannah.

—Le he dicho que no se inmiscuya en nuestro sistema capitán —le recordó.

—¡Yo no puedo tolerar esa inhumana crueldad!

Savannah se abalanzó sobre el mariscal dispuesto a golpearle y accionar el tablero, mas sólo había iniciado el avance hacia Wacho cuando le dio la impresión de que una des carga de cien mil voltios recorría todo su cuerpo, desde las uñas de los pies a las raíces de los cabellos.

El mundo se tornó luminoso y lleno de tinieblas alternativamente. Cayó al suelo en medio de intensos dolores. No gritó, pero el sufrimiento se reflejaba en su rostro lívido y los labios apretados, a punto de reventar. Kamura y Borodín trataron de sujetarlo para que no le ocurriera igual que a Kamura, más Savannah supo resistir y no perdió el control de sus articulaciones.

El sudor perló su rostro, inundando todo su cuerpo ante el severo castigo que le estaba infligiendo la computadora de seguridad tras su comportamiento de ataque a la suprema autoridad de la República.

Jack Savannah perdió la noción del tiempo en medio de aquellos intensos dolores que lo mantenían acurrucado en tierra Cada segundo que transcurría, para él era una eternidad. Quizá una eternidad sólo fuera un segundo.

Mientras aquella corriente flageladora de su sistema nervioso le recorría en todas direcciones, partiendo de la vértebra cervical, apretaba los párpados como para contener el dolor y a veces, los abría. Era una de estas veces, en medio del sudor que enturbiaba sus ojos, vio el rostro pálido de la teniente Mettuna.

Un relámpago fugaz de comprensión le hizo entender que la fémina estaba sufriendo ante lo que ocurría a su alrededor que su alma no participaba de aquel sistema despiadado e inhumano.

Mas su condición de oficial, de elegida entre las perfectas la educación social y política recibida desde su nacimiento, la mantenían quieta, siempre a las órdenes de su mariscal, quien tenía gran poder sobre ella y sobre todos sus súbditos. Wacho era idolatrado y temido. Pero en ningún caso caía indiferente.

El castigo cedió en intensidad hasta concluir totalmente

Savannah se sintió agotado. Respiró hondo y trabajosamente, ayudado por sus dos tenientes, se puso en pie frente al mariscal Wacho que sonreía suficiente y despreciativo.

—¿Ha quedado satisfecho, capitán?

—Es poderoso pero no omnipotente, mariscal —dijo Savannah con voz grave.

—Utiliza un lenguaje demasiado duro para un diplomático, capitán —reconvino Wacho.

—¿Qué pretende, que después de torturarme le dé las gracias?

—No, desde luego, pero ahora ya sabrá que no se pueden cometer tonterías. Es usted libre de admirar mi ciudadela, el sistema de mi pueblo pero no de intervenir como deshacedor de entuertos. Limítese a observar. Luego, cuando regresen a la Tierra, podrán explicar lo que han visto aquí.

—¿Explicar? Usted quiere que hable de usted, que hable mucho y mal. Al parecer, eso le enorgullece, ya que se cree invencible.

—Todos tenemos nuestra vanidad y a mi me agradara que en la Confederación se hable de mi, que conozcan mi fuerza y mi sistema. Admito que la jactancia y la vanidad son mis principales defectos, pero lo que ustedes cuenten al volver a la Confederación hará comprender a sus superiores que es peligroso enfrentarse a mí. Ahora, pueden continuar visitando la ciudadela. La teniente Mettuna les acompañara.

De pronto, como recordando algo. Jack miró hacia la gran pantalla completamente en blanco.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

Kamura, con resentimiento, entre diente, explicó:

—La tijereta y la hormiga se han disputado al malherido fugitivo. En principio, ha ganado la tijereta y ha comenzado a devorarlo, mas se han presentado varias hormigas mientras usted estaba sufriendo la tortura del cinturón y han terminado con la tijereta. Las hormigas se han llevado todos los restos orgánicos, supongo que como botín alimenticio. Ha sido repugnante.

Agotado todavía. Savannah suspiró. Encarándose con el mariscal, observo:

Agotado todavía. Savannah suspiró. Encarándose con el mariscal, observó:

—Magnífico, podremos contar en la Tierra sus grandes dotes humanitarias, mariscal.

Aquello pareció divertir a Wacho que rió cínica y fríamente.

—Ser humano es ser débil, capitán. Usted lo ha sido hace unos minutos y ha recibido el castigo oportuno. ¿Acaso no se acuerda ya? —siguió riendo

Jack Savannah jamás había deseado mal a nadie, pero en aquellos instantes pensó que la muerte del mariscal Wacho sería más beneficiosa para la humanidad que el exterminio total de aquellos monstruosos insectos que poblaban el planeta Marte.

CAPITULO V

Ilde Mettuna estaba nerviosa, jamás se había sentido como en aquellos momentos. Agradecía el estar sola en su habitación para respirar mejor.

Se desnudó e introdujo en la sauna de su cuarto de aseo. No le hacía falta rebajar ni un átomo de grasa porque carecía de ella, pero sí dilató sus poros y relajó sus nervios. Luego, cerró sus poros con una ducha de agua fría que en principio casi le cortó la respiración pero que luego la dejó como nueva, con una fuerte circulación de sangre en el interior de sus venas.

Mientras ajustaba a su cuerpo uno de los uniformes que tanto realzaban su belleza natural, fue recordando los acontecimientos ocurridos desde la llegada de los tres terrestres.

Se irritaba consigo misma al no conseguir borrar de su mente la imagen viril, recia, desafiante, pero a la vez sensible y humana, del capitán Jack Savannah.

Hasta aquel momento había visto cuanto sucedía a su al rededor como algo natural, porque había sido educada en el sistema. Era todavía muy niña cuando la colonia marciana se había independizado de la Tierra.

Sus padres habían contribuido a aquella independencia, aunque hablan muerto en la guerra sostenida años después.

Ilde apenas se había enterado de la muerte de sus padres. Había sido educada, aún en vida de ellos, en régimen comunitario como los demás niños de la colonia. El vínculo familiar nada significaba en la República Independiente de Marte. Los hijos eran hijos de todos y los adultos, padres de todos, situación que en ningún momento había tolerado la Confederación terrestre. Pero tampoco había podido impedirla debido a la cerrada defensa opuesta por el mariscal Wacho.

—Atención, teniente Mettuna, preséntese en la sala Z71X, preséntese en la sala Z71X. El mariscal Wacho la está esperando.

La voz que había resonado dentro de su habitación individual (privilegio del que sólo gozaban los adultos de ambos sexos pertenecientes a la clase de «oficiales», es decir, de los elegidos, ya que los demás vivían en dormitorios comunitarios, separados entre

sexos) no le agradó.

En otros momentos hubiera estado orgullosa de ser requerida a presencia del mariscal para escuchar sus órdenes directas, pero desde la llegada de Jack Savannah, desde lo ocurrido en el despacho de mando, su forma de pensar había cambiado.

Era como si hubiera rasgado ante ella una cortina oscura y tenebrosa, viendo al otro lado la luz vivísima de la verdad. Sin embargo, aún estaba en el lado interior de la cortina y no podía imaginar pasara al otro lado.

Jamás había visto con tanto horror como en aquellos momentos, en que la presencia y las palabras de Savannah habían abierto sus ojos, la muerte ante los monstruosos insectos de un ser humano, por muy calificado de la especie obrera que fuera.

«No puede ser, no puedo dejar paso a las sensiblerías. El mariscal lo ha dicho. Es signo de debilidad, y nuestra nación prospera gracias a que carece de debilidad.»

Sujetó su estrecho talle con el cinturón propio de su grado, con la pistola láser colgada junto a las caderas, y abandonó la estancia dispuesta a no dejarse vencer más por aquel rostro que no se borraba de su imaginación, el rostro de Jack Savannah.

La ciudadela, construida totalmente bajo el cráter del gran volcán extinto, era un verdadero laberinto de túneles, ascensores y salas que se comunicaban entre sí aprovechando todas las cavidades, huecos y túneles causados por la erupción telúrica marciana hacía millones de años.

Se introdujo en uno de los ascensores, subiendo a la velocidad de sesenta pies por segundo. En diecisiete segundos, el elevador se detuvo.

Anduvo por un amplio corredor, también iluminado como el resto de la ciudadela con el sistema de lámparas de cuarzo al circonio, mezcladas con el elemento de sales mercúricas vaporizadas que hadan olvidar la luz solar, pues aquellas lámparas daban luz, calor y los rayos ultravioleta suficientes para que la epidermis de los habitantes de la ciudadela pudiera fabricar la vitamina D, tan necesaria para evitar el raquitismo, enfermedad secularmente olvidada pero cuyo regreso había hecho temer la carencia de luz directa del sol.

Frente a ella vio al triángulo rojo que advertía de que el paso a

aquella zona estaba vedado a quienes no pertenecieran al cuerpo de los elegidos.

Ni siquiera los soldados-vigilantes de la República podían cruzar aquel paso bajo amenaza de muerte. Sólo oficiales, tanto femeninos como masculinos, podían seguir adelante sin peligro alguno. La guardia estaba constantemente montada por dos tenientes armados.

Ilde Mettuna quedó ante lo que semejaba el final del corredor y que no era más que un muro de hormigón del grueso de veinte pulgadas, emparedado entre dos planchas de acero al cromo que lo hacían infranqueable.

Ante su presencia, el muro se hundió en la tierra automáticamente hasta dejar el paso libre.

Con su caminar enérgico pero siempre grácil, propio de mujer, Ilde rebasó el muro que volvió a subir cerrando la entrada tras ella. Una nueva puerta se abrió y quedó en la sala Z71X donde se hallaba el mariscal Wacho en persona y solo.

La sala poseía un completísimo equipo científico-electrónico que funcionaba de forma automática. En el caso de la más leve avería, el fallo era comunicativo por el propio programador de la sala al computador de seguridad, que daba las órdenes oportunas para la reparación que quedaba realizada en breves minutos, ya que el computador indicaba exactamente cuál era el fallo y el remedio a emplear.

El equipo de conservación, siempre humano y por tanto mucho más lento en los cálculos y observaciones, no debía buscar la solución por su cuenta.

En el centro de la amplia sala había un pedestal marmóreo y blanco sobre el que reposaba una gran caja de grueso pero transparente cristal, en forma de cubo. Dentro de la misma, suspendida por un pedestal cilíndrico de oro de no más de dos pulgadas de diámetro, quedaba una segunda caja paralelepípeda colocada en el centro geométrico del cubo de cristal y construida en platino. Dicha caja metálica, del más noble de los metales naturales, se hallaba tan herméticamente cerrada que semejaba soldada en todas sus aristas. Ni un átomo de aire hubiera podido filtrarse en ella.

—He recibido orden de presentarme ante usted, mariscal.

Wacho miró a la fémina. Le agradaba Ilde Mettuna y las mujeres

en general. No era un hombre carente de virilidad, pero para conservar su puesto había decidido no perderse nunca en los intrincados laberintos del amor, por ello era inatacable.

—Parece un poco pálida, teniente.

—Quizá fatigada, aunque acabo de tomar una ducha de agua fría.

—Magnífico, así se conserva la mente y el cuerpo sano y siempre dispuesto. En cuanto a la fatiga, ya pasará. Las mujeres siempre tienen ciertos días al mes en los que acusan un poco más de fatiga.

—Así es, mariscal —se apresuró a decir, prefiriendo que Wacho pensara aquello y no otra cosa. No quería que llegara a sospechar la lucha de encontrados sentimientos que tenia lugar en su mente, en su conciencia.

—Mettuna, la he hecho llamar para algo muy especial.

—Siempre estoy a sus órdenes, mariscal.

—Lo sé. —El jefe de la República marciana, con su uniforme recargado de símbolos y entorchados, con aquella gorra de plato que en algo recordaba al nazismo, aunque allí la cruz esvástica estaba reemplazada por el signo de Marte, inquirió—: ¿Sabe lo que hay dentro de esa caja de platino que a su vez está dentro de la de cristal?

La teniente Mettuna se quedó mirando perpleja aquella sala de seguridad y anteriormente no había visto aquel pedestal con el cubo de cristal y el cofre metálico en su interior.

—Lo ignoro, mariscal. Usted sabe que cada cosa que se efectúa en la ciudadela, si es de carácter secreto, sólo la conocen quienes realizan el proyecto. El más intenso silencio rodea cada plan secreto, aun entre los mismos elegidos. —Exactamente, éste es el sistema, un sistema que da frutos espléndidos. Es cierto que los elegidos pueden entrar en todas las zonas privadas, pero nadie que esté elaborando un plan de máxima seguridad lo revelará por más que lo estén mirando.

—Magnifico, Mettuna, magnífico. Ha dicho una gran verdad. Si nadie pregunta, no hay que dar respuestas que pueden ser indiscretas. Bien, es usted uno de los oficiales en los que más confío y espero que sepa responder adecuadamente a esta confianza que le tengo.

En otra ocasión, Mettuna hubiera dicho, segura de sí: «Póngame a prueba, mariscal.» Más, estas palabras no brotaron entonces de sus

labios y se limitó a un simple:

—Sí.

—Mettuna, dentro de esa caja del más puro platino se halla el más grande bioquímico que ha conocido la humanidad, el mayor Kleveland.

—¿El mayor Kleveland? Si, murió hace un año, lo recuerdo bien. Fue aplastado por una gran roca que se desprendió en los trabajos que se realizan en los túneles norte para ampliar la ciudadela.

—Sí, realmente fue molturado por la roca y su cuerpo se incineró como es costumbre, pero hubo la suerte de que junto a él, cuando el accidente, se encontraban sus mejores colaboradores.

—No acabo de entender, mariscal. —El gran bioquímico sufrió el accidente en plena madurez mental, cuando estaba a punto de conseguir unos planes maravillosos que cimentarían de una vez por todas nuestro poder. Con los descubrimientos del mayor Kleveland, seriamos los dueños absolutos del sistema solar.

—Pero ¿en qué consisten esos inventos, mariscal? Wacho sonrió y caminó alrededor del pedestal que sostenía aquellas extrañas cajas.

—No pierda su discreción, teniente. Oiga lo que yo le diga y no pregunte nada más. En el momento oportuno, yo le hablaré de otras cosas si lo considero oportuno. Recuerde cuál es nuestro sistema.

—Disculpe, mariscal, ha sido un error mío, pero al preguntar sólo deseaba saber en bien de nuestra república.

—Lo sé, Mettuna, lo sé; pero de momento sólo sabrá lo que yo le diga. Dentro de esa caja se encuentra el mayor Kleveland.

—¿Sus cenizas, mariscal?

—No, su cerebro.

—¿Cómo?

—Si, su cerebro. Le fue extraído antes de que muriera totalmente.

—Si creo que la piedra aplastó todo su cuerpo, siendo inútiles todos los trasplantes.

—Si. Sus colaboradores, que capturaron inmediatamente el valor de la tragedia, tuvieron el tiempo justo para comprobar en la medalla de identificación de uno de los obreros que trabajaban en la zona que eran del mismo tipo sanguíneo. Conectaron las venas cerebrales del cuerpo sano al cerebro del mayor Kleveland.

Mettuna sintió un escalofrío que le provocó un estremecimiento al oír lo que el mariscal le estaba contando con tanta naturalidad.

Un hecho que un mes antes habría hallado lógico, pero desde la llegada de Jack Savannah, el hombre que había despertado una conciencia de la que creía carecer, opinaba en forma distinta.

—Pero si el trasplante de todo un cuerpo a un cerebro jamás se ha conseguido.

—Lo sé, y también lo sabían los colaboradores del mayor Kleveland. Aquello sólo era un burdo trasplante de emergencia para mantener con vida al mayor unos minutos más.

—¿Y el obrero fue sacrificado en pro de esos minutos?

La teniente agradeció que el mariscal le diera la espalda en aquellos momentos y, por tanto, no pudiera ver su rostro, un rostro que no expresaba alegría precisamente por lo que estaba oyendo.

—Así fue, Mettuna, pero esos minutos bastaron para que el cerebro del mayor Kleveland no muriera como había ocurrido con el resto de su cuerpo. Los científicos tuvieron una idea genial y aquellos minutos bastaron para extraer el cerebro del cadáver y liofilizarlo cuando estaba vivo todavía y el electroencefalógrafo de supersensibilidad captaba reacciones bioquímicas en la masa gris del gran sabio. Creo que si alguna vez llegan a descifrarse esas reacciones bioelectrónicas, podrá saberse qué fue lo ultimo que pensó el mayor, pero vayamos a lo que interesa. EL cerebro de Kleveland pudo ser liofilizado a tiempo.

—¿Y está guardado dentro de esa cajita de platino, rodeado de un vacío total y a baja temperatura, aislado de cuanto pudiera dañarle?

—Exactamente. Si el cerebro del mayor Kleveland fuera desliofilizado, volvería a vivir, pero falto de un cuerpo que lo alimentara con su sangre, moriría a los breves instantes.

—¿Aspiran a la posibilidad de volver a la vida el cerebro del mayor?

—Sí. El era el alma de investigación que había de hacernos los dueños del sistema solar. Sus colaboradores son todos grandes científicos, pero por desgracia no están a su altura y no han podido continuar, por sí mismos, el trabajo que él estaba realizando. Todo un equipo no ha podido emular al maestro por más que han tratado de conseguirlo.

—Si existe la posibilidad de que el cerebro liofilizado pueda revivir, no hay que perder la esperanza.

—Estamos ahora en un compás de espera, Mettuna. Nuestros

científicos han experimentado en varios obreros el trasplante de cerebro, y aunque no se han comunicado los éxitos, lo cierto es que existen, claro que antes han habido muchos fallos.

Mettuna volvió a estremecerse. Ya no le agradaba oír que seres humanos, por muy obreros que fuesen, estuvieran siendo objeto de experimentación como si se trataran de cobayas.

—Todo este asunto es arriesgado y son fáciles los errores, porque lo principal es hallar al donante del cuerpo con unas características perfectamente iguales a las que poseía el mayor Kleveland en vida. Incluso diría que los éxitos de los trasplantes habidos hasta ahora no han sido totales porque es muy difícil hallar a un hombre idéntico a otro. No es como en el siglo veinte, cuando los prehistóricos trasplantes de corazón. Se basaban en unos simples análisis sanguíneos y no en la composición y ordenación de las células sanguíneas, el LCR, los ácidos nucleicos RND y DNA, composición de mucosas, enzimas, el estado de las hormonas, etc. Todo es muy complicado y casi tan difícil como hallar a dos hombres con las mismas huellas dactilares.

—Pero ¿existe la posibilidad de encontrar al donante idóneo para el cerebro del mayor Kleveland?

El mariscal Wacho se encaró con la joven y rubia teniente. Sonriendo asintió:

—Sí. Lo hemos hallado fortuitamente, en un análisis rutinario, porque siempre se ha estado buscando al donante idóneo desde hace un año y nadie, en todo el planeta Marte, lo es. ¿No pregunta quién es el donante?

—No, mariscal. Recuerde el sistema de no hacer preguntas.

Wacho rió levemente.

—Perfecto, perfecto. Me agrada usted, Mettuna, no me hace irritar como otros. —Suspiró y tornó a clavar sus pupilas en la caja de platino como si estuviera admirando una preciosa obra de arte—. El donante idóneo es el capitán Jack Savannah.

Ilde Mettuna palideció intensamente. Esta vez, el mariscal sí advirtió el cambio operado en su rostro.

—¿Qué le ocurre, Mettuna? Ha palidecido.

La mujer tartamudeó ligeramente.

—Es, es la sorpresa... No podía ni imaginarlo.

—Cuando se le hicieron los análisis propios de la cuarentena para

impedir que pasara un ser extraño que pudiera resultarnos mortal, la computadora analizadora cotejó los resultados de sus análisis y al terminar de recibir datos, dio una solución hasta ahora siempre negativa. Por primera vez dijo «sí».

—Pero, mariscal, los análisis que se hicieron a los terrestres eran los rutinarios y profilácticos contra epidemias víricas.

—Eso era antes. Desde que buscamos a un donante se dio orden a las computadoras pertenecientes al cuerpo médico de que siempre, aun en el caso de una simple herida hicieran todos los análisis pertenecientes en busca del donante por si se conseguía hallar al hombre adecuado Al fin ha sido encontrado y es Jack Savannah.

—Pero él no es un elegido para la superación de la raza.

Wacho suspiró.

—Jack Savannah es un hombre perfecto, psíquica y físicamente. Por sus dotes, es merecedor de figurar entre los elegidos para la reproducción de esa raza superior.

—El no piensa como nosotros, no participa de este sistema.

—Eso no importa, Mettuna. Su cerebro será reemplazado por el del mayor Kleveland. Es arriesgado, pero así se hará, hay que darse prisa para que Kleveland pueda concluir sus investigaciones con éxito y dominar el sistema solar.

—Pero si la Confederación constata la muerte y utilización de uno de sus mejores hombres, abrirá una guerra total y aplastante contra nosotros y no dará tiempo a ninguna investigación.

—Esa será su parte de trabajo, Mettuna.

—¿Cuál?

—El departamento científico ha determinado dar unos días al capitán Savannah para su aclimatación a nuestro planeta. Estaba muy bien preparado para vivir, con las propiedades físicas y geológicas de Marte, pero su cuerpo no está suficientemente aclimatado a los nuevos elementos y eso es vital. Antes del trasplante de cerebro del mayor Kleveland a su cuerpo, usted será su compañera. Escogerá a otras dos tenientes, igualmente bellas y vírgenes como usted para que acompañen a Kamura y Borodín respectivamente. Periódicamente, iremos enviando a la Tierra filmaciones directas sobre su embajada de paz.

—¿Pretende darles una paz que adormezca sus impulsos de guerra y rebeldía?

—En parte, si, pero eso no es todo. El trasplante se efectuará en unas horas y cuando se envíen nuevas filmaciones a la Tierra para que sigan tranquilos, verán el cuerpo del capitán Savannah en el lecho, pero sonriente, ya que será el mayor Kleveland quien sonría. Oficialmente habrá tenido un pequeño accidente y en la Tierra nada sospechará. Todo está calculado, cada departamento tiene su programa a seguir.

—¿Y el mío es hacerle la vida grata los días anteriores al trasplante?

—Si, y procurar que las otras dos tenientes sean obsequiosas con Kamura y Borodin. Que se vayan separando los tres terrestres sin darse cuenta de ello.

—Como usted ordene, mariscal. Cumpliremos sus órdenes.

—Eso espero. En cuanto a usted, teniente Mettuna, bueno, creo que el programador de la reproducción de la raza de los elegidos ha de dar orden un día de estos para que contribuya a la raza con un nuevo miembro.

Sin poderlo evitar, la fémina se sonrojó ligeramente.

—Si, eso creo yo también, mariscal, y estoy dispuesta como todas las hembras de la raza de los elegidos.

—Perfecto. Excepcionalmente, voy a adelantar la orden de la computadora habida cuenta de las circunstancias.

Ella parpadeó insegura.

—No entiendo, mariscal.

—Es fácil, Mettuna. Usted hará agradable la vida en Marte al capitán Savannah. Espero que no ocurra otro incidente como el del despacho de mando. Savannah no puede sufrir nuevamente los efectos del cinturón de castigo.

—Pero si él, con su carácter audaz y algo violento, intenta atacar de nuevo y la computadora de seguridad lo castiga, yo no podré impedirlo.

—Es cierto, pero hoy el capitán Savannah comerá algo que le hará dormir profundamente. Usted le cambiará el cinturón por otro idéntico, pero que no será dañino en absoluto. Su cuerpo es precioso, no puede sufrir heridas. Usted lo protegerá en todo instante, Mettuna, de eso responde ante mí.

—¿Y si él se percata de que el cinturón ya no lo condiciona?

—Savannah no es ningún estúpido y sabe a qué clase de castigo

se expone. Por ello, en adelante, será más cauto en todos sus movimientos. No se arriesgará a recibir de nuevo la tortura ya probada por sus nervios. Por ello, ignorará que el cinturón que lleva no puede dañarle en absoluto.

—Comprendo. Yo he de protegerle en toda situación peligrosa.

—Sí, pero nos hemos desviado de cuanto quería decirle, Mettuna.

—Le escucho, mariscal.

—Usted dará un hijo a nuestra raza superior, un hijo del capitán Savannah.

—Mariscal, pero…

—No replique. El es perfecto al igual que sus dos compañeros. Además, en cuanto a usted se refiere, ya han sido comparados todos sus datos por la computadora, en cuya memoria también se han introducido los datos del capitán Savannah. El resultado es una unión perfecta. Además, ésta será una forma de mantenerlo entretenido y tranquilo. Todo depende de usted, Mettuna. No puede fallar. Todo ha de salir como está programado.

—Mariscal, pero y si él no… Bueno, ya me entiende.

—Un hombre jamás dice no a una mujer que está dispuesta a que sea si. No es necesario que le explique más, ya ha recibido las instrucciones que debía. Esta entrevista ha terminado.

La teniente Mettuna quiso replicar, pero no lo hizo, sabía que era inútil. Debía obedecer o sucumbir. Un rebelde a las órdenes del mariscal sólo tenía una pena: la muerte por abandono en la jungla marciana a merced de los monstruosos insectos que acabarían por cazarle.

CAPITULO VI

Jack Savannah se sentía algo pesado y no se apresuró en abrir los ojos.

Pensó que la cena no le había sentado muy bien y que el sueño le había invadido con fuerza, dominándolo. Recordó a los tenientes Borodín y Kamura, malhumorados y recelosos por cuanto les rodeaba, por aquellos malditos cinturones que los tenían atrapados como dentro de estrechas celdas y de los cuales no veían forma de librarse.

Al fin, abrió los párpados y junto a si descubrió a la hermosa y rubia teniente.

—Vaya, teniente Mettuna, ¿qué hora es? Aquí abajo en la ciudadela no sabe uno si es de día o de noche, todo depende del grado de iluminación que haya.

—Ahora mismo ha salido el sol en el exterior, es la mañana temprano. Al parecer ha dormido usted mucho esta noche.

El hombre se incorporó sobre el lecho carente de sábanas, ya que la temperatura ambiental estaba ajustada siempre al grado de calor que precisaba cada cuerpo.

—Sí, por lo visto la cena resultó algo pesada. No puedo decir que coman mal aquí. No utilizan los métodos de pastillas vitaminadas que se proyectaron en la Tierra hace cien años para los viajes espaciales.

—Es que ahora no está viajando, capitán, y las granjas agrícolas de Marte producen cuanto se precisa, al igual que animales domésticos que nos surten de carne. La etapa de querer superconcentrarlo todo pasó, no era práctica. Comer bien es un placer que el hombre no desea perder

—Magnifico, ahora veo que no se han deslumbrado por completo.

—Hay otros placeres en nuestra república que tampoco se han perdido.

—¿Como cuáles, teniente?

—Ya los irá conociendo, pero llámeme Ilde, es más corto, ¿no cree?

—Hum —expresó admirativo—, parece que esta mañana las relaciones públicas han mejorado. Sólo faltarla que nos quitaran de

encima estos malditos cinturones.

La mujer clavó su vista en el cinturón que ella misma, durante la noche, se había preocupado de cambiar. En su aspecto exterior eran tan idénticos que Savannah no se había percatado de la sustitución realizada gracias al barbitúrico administrado junto con la cena para que durmiera pesadamente.

—Lo siento, capitán, pero yo no puedo hacer nada en ese sentido. Es parte de nuestro sistema de seguridad.

—Ya, una programador que ordena y los hombres obedecen sin rechistar

—De nada servirá. La programadora ha sido alimentada antes con una serie de datos y ella, con sus cálculos de posibilidades, es quien mejor sabe lo que se debe o no hacer.

—Muy fácil, pero la voluntad humana queda anulada.

—Creo que de nada serviría que siguiéramos discutiendo sobre metafísica y filosofía aplicada. Seamos prácticos. Afuera aguardan los tenientes Kamura y Borodín. Tengo un largo plan de visita para ustedes que estoy segura mejorará nuestras relaciones sociales.

—¿Un largo plan de visita a sus instalaciones?

—Si.

—¿Y el mariscal lo ha autorizado?

—Exacto.

—Entonces poco vamos a ver, Ilde. Ah, puedes llamarme Jack , también es más corto, ¿no crees?

—Por supuesto, Jack —respondió ella sonriente—. En cuanto a ver, creo que te equivocas —dijo tuteándole también—. El mariscal desea que os llevéis una buena impresión.

—A veces, una sola impresión no basta. Al parecer sólo has visto cosas que te han desagradado, pero también tenemos cosas buenas que debes conocer. Estoy segura de que en la Tierra desconocéis por completo nuestro sistema de vida social.

—Está bien, veamos lo que puedes enseñarnos, pero ¿cuándo hablaremos tranquilamente con el mariscal Wacho?

—Creo que antes de entablar diálogo con el mariscal para buscar la paz entre la Tierra y Marte, es mejor que comprendas nuestro sistema de vida, nuestra forma de ser y actuar. Después, con más conocimiento de causa, podrás dialogar con el mariscal. Estoy segura de que podréis llegar a algunos acuerdos fructíferos para

ambos regímenes.

—Primero quiero ver buena voluntad en el mariscal.

—¿Cómo? . . .

— Preciso entablar diálogo con mis superiores de la Confederación.

—Tengo entendido en el mariscal, para que en la Tierra no sufran por vosotros, envía imágenes en directo con brevísimos comentarios.

—Pero supongo que no responden a las preguntas que deben hacerles los de la Confederación.

—Así es. No hay que olvidar que por ahora no somos amigos. Sin embargo, abogaré a este respecto. Sugeriré al mariscal que sería bueno que hablaras con los tuyos y les comunicaras las impresiones obtenidas en la República Independiente de Marte. Pero, ten en cuenta que ahora no es el momento más adecuado para sostener este diálogo interplanetario. No hablarías precisamente bien de nuestra República.

—Eso es obvio.

—Mejor será que veas más cosas de Marte, nuestros avances técnicos, etc. Luego, no creo que el mariscal ponga inconvenientes en que hables con la Confederación. Creo que será un primer paso hacia la paz tras un mutuo entendimiento entre ambos planetas. Ni vosotros podéis modificar nuestro sistema ni nosotros pretendemos cambiar el vuestro. Se ha de buscar una forma de coexistencia pacífica y cada cual que dirija su régimen como mejor crea.

La Confederación no transigirá nunca con el sistema de esclavitud que tenéis implantado en Marte. Aunque aquí la llaméis la clase obrera, no son más que esclavos sometidos sin futuro ni voluntad de autodeterminación.

—Los obreros no viven tan mal como crees. Te mostraré muchas cosas que desconoces, ésa es mi obligación.

—Está bien, estoy dispuesto a ver lo que vosotros queréis que vea.

—No seas tan suspicaz, Jack . Te mostraremos la verdad, no sólo una parte de la verdad como suele hacerse siempre para quedar bien ante los visitantes.

—Se me hace difícil creer que me mostrarás también la parte negativa de vuestro sistema.

—¿Y por qué no? Después de todo, ya has visto cosas que no te

han gustado y que no te han sido ocultadas. No es interés del mariscal quedar bien a toda costa, sino que veáis la realidad de nuestra República.

—Bien, acepto este juego de naipes con las cartas boca arriba. Veremos qué sucede, pero me temo que hay muchas vidas en juego y no me agradaría que eso fuera olvidado por ti, Ilde.

—¿Por mí? —inquirió entre incrédula y sonriente.

—Sí, por ti. El mariscal es un caso aparte. El está perturbado, hombre como él los ha habido en todos los siglos de la historia humana y siempre han causado el caos y la destrucción de quienes les han seguido, de los países que han gobernado.

—Por favor, Jack, no continúes. No puedo escuchar tales insultos contra el mariscal. No olvides que soy una de sus oficiales y lo que estás haciendo no es precisamente diplomático, podría costarte muy caro. Por otra parte, tu actitud no favorece en absoluto el entendimiento que deseas conseguir.

—Correcto, correcto. Es que ante tantas injusticias y aberraciones mi espíritu se subleva. Creo que la Confederación debió enviar a un hombre más cínico y frío que yo para esta embajada. Habría logrado algo más fructífero.

—Si la Confederación te ha enviado a ti es porque debe considerar que eres el hombre idóneo para representarla, con sus virtudes y defectos.

Ilde caminó hacia la puerta para no prolongar aquel diálogo a solas. Jack la siguió.

Afuera, en el corredor, aguardaban los tenientes Borodín y Kamura, ambos acompañados por sendas tenientes morenas tan hermosas como Mettuna. Sin embargo, había algo en la mirada de Ilde que no poseían las otras dos mujeres.

Jack silbó admirado ante las sonrisas satisfechas de Borodin y Kamura.

—Diablos, están ustedes muy bien acompañados.

—Les presentaré —dijo Ilde— La teniente Frida y la teniente Coppely. Han sido destinadas para el equipo de relaciones públicas. Nuestra República desea que se encuentren lo mejor posible.

—Capitán —objetó Borodín—, creo que después del mal día de ayer, nuestros anfitriones desean mejorar las relaciones públicas y están demostrando buena voluntad, ¿no le parece?

Antes de que Savannah respondiera, Kamura agregó:

—Y aseguran que nos mostrarán cuanto deseemos ver respecto a Marte y sus sistema de vida

—Magnifico, teniente, pero no se dejen llevar excesivamente por la euforia. Tras una cortina de atractiva y fina seda puede haber un muro de concreto con el que podemos estrellar nuestras narices.

—Bien, creo que podemos iniciar la visita. Ahora que estamos todos reunidos, ¿por dónde quieren que comencemos?

—Creo que seria interesante ver el interés del nido de las hormigas gigantes, las rastreadoras de los dermápteros.

Savannah repuso a la sugerencia de Borodín:

—Sí, será interesante ver el hormiguero gigante, pero creo que será preferible visitar antes esta ciudadela subterránea y ver con nuestros propios ojos cómo se trabaja y vive, cómo se pasan las horas de ocio. También será conveniente visitar la superficie del planeta y ver los campos de los obreros, tanto agrícolas como granjas, canteras y minas para la obtención de minerales.

—Creo que el capitán tiene razón. Síganme. La teniente, a través de corredores y ascensores ultrarrápidos, los condujo penetrando al fin en una amplia sala que servía de comedor para un millar de personas. La teniente explicó:

—Este es uno de los comedores para soldados.

En aquellos instantes, desayunaba uno de los turnos, hombres y mujeres mezclados, luciendo todos ellos el mismo uniforme. Jack Savannah pregunto:

—¿Aquí no hay separación de sexos?

Ilde le miró, sosteniendo la mirada del hombre.

—No, aquí y en el trabajo no hay separación de sexos, solo…

—¿En los dormitorios? —preguntó Kamura muy próximo a la teniente que le acompañaba y con la que parecía congeniar muy bien, al igual que Borodín.

—Exactamente.

Frida explicó:

—El sistema es el mismo para los obreros, soldados y oficiales. Comen y trabajan juntos, claro que en la clase obrera hay la salvedad de los trabajos penosos y los puramente burocráticos o de ordenación. Estos últimos los realizan las mujeres y los duros y penosos, como es lógico, los varones.

La teniente Coppely agregó:

—En los dormitorios, que también son comunitarios, hay separación de sexos, pero en la clase oficial…

Borodín se apresuró a preguntar, sonriente:

—¿No hay separación para dormir?

Coppely sonrió obsequiosa y respondió:

—Sí, hay separación, sólo que los dormitorios son clases donde hay grupos de cincuenta camas.

—Es una vida muy impetuosa —opinó Savannah despectivo—. Todo hombre tiene derecho a un lugar de aislamiento.

—Nuestro mariscal dice que para las clases menos inteligentes, el aislamiento es perjudicial.

—¿Por qué, acaso pueden pensar demasiado y eso es peligroso?

Los ojos azules de la teniente Mettuna brillaron desafiantes. Inmediatamente, se aplacaron y sus labios sonrieron.

—Nunca preguntamos al mariscal el por qué de cada cosa que él dice. Sigamos la visita.

—¿Podríamos desayunar antes de continuarla? Preguntó Kamura.

—Bien, escojamos una de estas mesas —indicó Jack Savannah.

—No puede ser —advirtió Mettuna.

—¿Por qué?

—Es comedor para soldados y no para oficiales.

—Ustedes hagan lo que les parezca pero yo, como tengo libertad para actuar y aquí no hay ningún triángulo rojo que me advierta de zona de alto secreto, tomo una silla de éstas y me siento a desayunar aquí.

Ante las miradas y cuchicheos de los que ocupaban las mesas cercanas a ellos, Jack se acomodó en una de las sillas. Borodín le imitó al tiempo que objetaba:

—Yo opino lo mismo que el capitán. Kamura hizo lo propio y las tres oficiales del mariscal quedaron en pie, indecisas. Frida y Coppely se quedaron mirando a Mettuna en demanda de órdenes o consejos para aquella situación desacostumbrada. Desde pequeñas habían sido instruidas en la diferenciación de clases en aquella férrea segregación que se seguía en la república marciana.

—Eres muy democrático, Jack, y nosotras también los seremos por una vez.

Tras las palabras de Ilde Mettuna, las otras dos tenientes también

ocuparon sus sitios en la mesa ante la estupefacción de los soldados que no habían visto una cosa semejante en años de asistencia al comedor.

Kamura observó intrigado:

—Si duermen separados hombres y mujeres, ¿cómo? Bueno, ¿cómo...? —No acertaba a completar la pregunta y tragó saliva como buscando las palabras adecuadas.

Coppely le ayudó:

—Quiere preguntar cómo nos reproducimos, ¿verdad, teniente Kamura?

—Exacto.

Mientras se acercaba el desayuno que acababan de servirle, Jack dijo despreciativo: ,

—No me extrañaría que utilizaran la inseminación artificial como en los animales domésticos.

—Te equivocas, Jack.

El capitán Savannah miró a Ilde interrogante.

—¿Ah, no?

—No.

—Ahora recuerdo que me has dicho que no habéis prescindido de los placeres propios de la vida humana. ¿Este es uno de ellos?

Mettuna no pudo evitar sonrojarse, pero inmediatamente reaccionó.

—Cada hombre, cada mujer de nuestra República, está obligado a dar nuevos descendientes, lo mismo en la clase obrera, los soldados o los oficiales.

Kamura insistió:

—Pero si duermen en habitaciones separadas o comunitarias no acabo de entender. ¿Acaso cada pareja que se forma ocupa una especie de apartamento distinto?

—No hay parejas ni lo que en tiempos caducos llamaban matrimonios —explicó Coppely.

—Yo opino que no es un sistema caduco, si el mejor de los sistemas, el único perdurable —explicó Jack— a menos que se quiera terminar formando una sociedad semejante a un hormiguero, lo cual sería desastroso.

Ilde inclinó la cabeza sobre su desayuno. Temía las directas observaciones de Jack y al mismo tiempo no deseaba molestarlo

defendiendo el credo marcado por el mariscal Wacho, credo que comenzaba a tambalearse en el interior de su mente.

La teniente Frida explicó:

—La computadora que cuida de la reproducción de las razas es quien programa los apareamientos.

—¿Cómo? —exclamó Kamura sorprendido.

—Todos, lo mismo obreros, soldados que oficiales, tenemos una clave de identificación que corresponde a una ficha con unos datos que las computadoras controlan mejor que nadie. La computadora da cada día, lo mismo en la clase obrera, la de los soldados o en la raza de los elegidos, unas claves de identificación.

—La teniente Frida lo ha explicado correctamente —puntualizó Ilde—, La computadora sabe exactamente cuál es el momento, tanto para la hembra como para el varón.

—Y al día siguiente, si te he visto no me acuerdo —exclamó Kamura sorprendido.

—Sí —dijo Coppely—, pero este contacto con la misma pareja dura una semana, aunque al día siguiente se separen para laborar cada cual en su cometido.

—¿Y al siguiente ciclo no importa que sea distinta pareja, me refiero a que sea otro hombre y la misma mujer?

—Exactamente —explicó Frida—, pero es porque la computadora lo ordena así. La computadora tiene todos los datos bien presentes y en ningún caso se expondría a una descendencia idiota o subnormal. Asimismo, cualquier individuo, sea hembra o varón, que queda marcado por una enfermedad, vicio o defecto, la computadora lo descarta.

—¿Y no hay problemas con los varones a los que sucede tal cosa? —inquirió Borodin.

—No, porque inmediatamente el departamento médico les inyecta una droga que los incapacita en ese sentido. Su psique no se ve alterada y ya no tiene problemas de ninguna clase.

—Entonces, se comportan como simples hormigas de este enorme hormiguero que han dado en llamar república.

—Siempre tan ácido, Jack —reconvino Ilde.

—Aguarden —pidió Kamura antes de que su capitán replicara a la teniente.

—¿Qué quiere saber? —preguntó Coppely acercándole

insinuante.

—¿Qué ocurre con las mujeres? Es curioso saberlo, ¿no? —Al cuarto periodo —explicó Coppely— se las da de baja en su labor habitual y pasan al departamento de maternidad donde son atendidas cuidadosamente, tanto si son obreras como soldados y oficiales.

—Con la consiguiente segregación de clases, ¿no? —preguntó Jack.

—Eso es lógico —puntualizó Mettuna.

—Para mí no lo es, Ilde.

Coppely continuó explicando:

—Cuando los niños nacen, la madre es separada de ellos inmediatamente. Pasa una semana en la sala de recuperación y después se reintegra a su habitual labor, tras haber cumplido con su obligación más sagrada, la de dar descendencia a nuestro sistema.

—Y la madre jamás vuelve a ver a su hijo, ¿me equivoco?

A la pregunta de Jack, Mettuna objetó:

—Aquí, la familia no la componen un padre, una madre y un hijo, ya lo hemos dejado bien claro. La mujer da a luz un hijo que jamás sabrá quien es exactamente, lo mismo que el padre. El hijo crece en el departamento infantil donde luego se hará un perfecto obrero, soldado u oficial según la clase a la que pertenezca.

—Y Marte tendrá un ente deshumanizado más, un ente que no sabrá de quién es hijo ni para qué ha venido al mundo, un ser carente de conciencia y con el alma dormida. Igual que un robot saliendo de una cadena sin fin, de una línea de fabricación. Repruebo totalmente este sistema comunitario, el sistema de una gran familia que no es más que una fábrica carente de sensibilidad.

—Estás ofendiendo constantemente a nuestro sistema. Este no es el modo de hallar paz ni diálogo —objetó Ilde brincando nerviosa de su silla—. ¿Acaso los terrestres sí sois humanos, si sois superiores de alma y sí poseéis esa sensibilidad que dices que nosotros no tenemos?

—¿Quieres que te demuestre?

Jack se puso en pie y ante la expectación de toda la sala, asió la cintura de Ilde. Sin que ella pudiera evitarlo, con su fuerza más poderosa, la atrajo hacia sí y la besó en los labios, con suavidad primero y con violencia después.

Se hizo un intenso silencio en el comedor. Todos los ojos convergieron en la pareja.

Kamura, Borodín, Frida y Coppely quedaron estupefactos ante la reacción del capitán, máxime al ver que si en principio Ilde quería escapar, luego cerraba los ojos y alzaba sus brazos para rodear el cuello masculino.

De pronto, Jack Savannah se separó de sí. Riendo cínica mente dijo:

—¿Lo ves, Ilde? También vosotros tenéis sensibilidad y podéis quedar dominados por el amor, la atracción, sin que vuestra voluntad consiga evitarlo. También podéis elegir la pareja que más os atraiga psíquica y físicamente sin necesidad de esperar pasivamente a que una maldita computadora os programe.

La teniente Mettuna sintió que sus mejillas escocían. Sus ojos se llenaron de rabia primero y lágrimas después. Echó a correr abandonando la gran sala en medio de grandes comentarios.

Savannah quedó quieto y en el fondo arrepentido por el escarmiento que acababa de dar a la joven y hermosa mujer.

CAPITULO VII

Jack Savannah se sentía molesto por cuanto le rodeaba, por aquel maniaco esquizoide que era el mariscal Wacho, por la humillación de la teniente Mettuna y consigo mismo por haberla ofendido.

Se había percatado de que con la anexión al grupo de Frida y Coppely, lo que trataban de hacer era proporcionarles una vida muelle, relajarles, hacerles la estancia el máximo de agradable en Marte y que se olvidaran de problemas mayores.

Savannah prefería ver por su cuenta y riesgo lo que le interesaba. Por mucha voluntad que le demostraran, estaba seguro de que sólo le mostrarían lo que careciera de importancia.

Se alegró cuando Frida y Coppely propusieron visitar el gran hormiguero. Estaba lejos de la ciudad, y entre ida y vuelta y la larga visita, transcurrirían varias horas.

—Me siento pesado —dijo—. Por lo visto todavía no me he adaptado bien a la gravedad y el oxígeno marciano. Me iré a descansar.

—Capitán, si quiere que nos quedemos con usted —sugirió Kamura.

—No, teniente, no es necesario. Frida y Coppely prefirieron no decir nada. Se limitaban a sonreír, absteniéndose de hablar de lo sucedido con la teniente Ilde Mettuna.

Jack suspiró al ver alejarse las dos parejas, sintiéndose como más libre. Ahora, caminaría por la ciudadela a su libre albedrío, teniendo siempre buen cuidado de no rebasar ningún triángulo rojo.

No estaba dispuesto a caer de nuevo bajo uno de los duros castigos ordenados por la computadora de seguridad.

Sabia ya cómo vivían los oficiales, la raza de los elegidos, y por las explicaciones oídas sabía incluso su forma de reproducción y también con respecto a los soldados. Mas, no eran éstos tampoco quienes le interesaban, ya que eran leales al mariscal y estaban fanatizados por él.

«Tengo que visitar y muy de cerca a los esclavos llamados la clase obrera.»

Aquellos desgraciados, por los cálculos que se tenían en la Confederación, doblaban en número a los soldados y oficiales,

estando sometidos a la dura vida para la que fueran programados.

Deseaba hallar a quienes querían formar un grupo de rebeldía, de resistencia, tratando de escapar. Debía establecer contacto con aquellos hombres y conocer los problemas de quienes mandaban mensajes a la Tierra en forma clandestina. De poder ser, él mismo utilizaría dicha emisora para ponerse en contacto con la superioridad.

Estaba seguro de que con la presencia de las tenientes, aunque se les preguntara directamente, ninguno de los obreros respondería la verdad por temor a las represalias posteriores. En cambio, sí se dirigía sólo a ellos, quizá tuviera éxito.

El sistema de corredores era, en cierto modo, semejante a las calles de una complicada ciudad que en la ciudadela marciana se complicaba todavía más, pues los corredores no eran como las calles en sentido plano, sino que por mediación de múltiples ascensores se comunicaban con otros situados a distintas alturas y profundidades.

El dédalo de corredores se dificultaba todavía más por carecer de letreros indicadores, pues sólo tenían claves de guarismos combinados con letras cuyo significado sólo debían conocer los elegidos, dueños de todo el sistema. Un obrero o un soldado se perdería en aquel laberinto, claro que los soldados siempre eran dirigidos por radio por un oficial.

Se dejó guiar por su intuición y fue pasando de un corredor a otro, de un ascensor a otro.

En su visita se cruzó con soldados y oficiales que le miraron sin decirle nada. Todos sabían que los recién llegados terrestres tenían permiso para recorrer la ciudadela y nadie debía molestarles, eran órdenes terminantes del mariscal.

De pronto, en el corredor central, se abrió otro a la derecha, más estrecho pero también vivamente iluminado, un triángulo rojo le advirtió de que el paso estaba vedado y por si eso fuera poco, el pasillo semejaba terminar en un muro de brillante y pulido acero que encajaba perfectamente en las paredes, techo y suelo. El muro carecía de cerradura y era imposible saber hacia qué lado se abría.

Estuvo tentado de rebasar aquel triángulo rojo, pero tocándose el cinturón y acordándose de las órdenes recibidas, se contuvo.

Prosiguió su camino lamentándose por no poder ver qué había al otro lado de aquel brillante muro de acero.

No acertaba a hallar ninguna salida, ni a los obreros que buscaba. Aquella ciudadela era más complicada que el laberinto de Creta, no había forma de orientarse, pero unos levísimos ruidos le hicieron prestar atención.

Pegó su oreja a la pared y pudo escuchar mejor aquel ruido lejano. Decidió buscar el origen del mismo y caminó en su búsqueda, siempre guiándose por el oído.

El ruido fue en aumento, confirmándole que llevaba buena dirección. Aquel último corredor que había tomado descendía en un pronunciadísimo plano y sus paredes no estaban pulidas como la mayoría de los corredores. Las luces también parecían provisionales.

—No cabe duda, toda esta zona está en obras para ampliación de la ciudadela.

Siguió internándose por aquellos túneles, ya no tan bien iluminados. No tardó en descubrir a soldados armados con láser que vigilaban la zona, más nadie le dijo nada ni le impidió el paso. Por lo visto, a través de sus sistemas de noticias habían difundido su imagen comunicando la libertad que tenía para circular por la ciudad como invitado de la República y observador de la Confederación terrestre

En aquella zona comenzó a ver a los obreros. Todos ellos vestían de amarillo y tenían la cabeza rapada al igual que el fugitivo al que viera sucumbir ante los gigantescos insectos.

Aquellos obreros si repararon en él, más que los soldados que semejaron ignorarle.

—¿Cómo se trabaja aquí? —interpelo a uno de ellos.

El obrero le miró pero no respondió. Prosiguió su trabajo con el ruidoso absorbedor de residuos que a su vez iba cargando una cinta sin fin que eliminaba del lugar cuanto estorbaba.

—No están autorizados para hablar durante las horas de trabajo —advirtió un sargento acercándosele.

—Veo que el trabajo es duro y además carecen de los más mínimos privilegios que posee el hombre como es el de comunicarse con sus semejantes.

—Cumplimos órdenes.

Con aquella frase, el sargento cortaba todo comentario u observación y Jack lo entendió así. El mariscal no tenía un ejército de soldados sino de autómatas.

Prosiguió su avance por los accidentados túneles abiertos por la propia naturaleza y que el hombre aprovechaba reformándolos, ampliándolos e iluminándolos.

Aquellos túneles no estaban aún climatizados. El oxígeno puro apto para la respiración era un tanto escaso y hacía calor, un calor que llenaba de sudor a cuantos trabajaban en aquella zona.

Supuso que en aquellos instantes se hallaría a una gran profundidad, muy por debajo de lo que constituía la ciudadela. Bajar por aquellos túneles era como pretender llegar al núcleo de Marte.

Al estilo de las antiguas minas terrestres, se sujetaban paredes y techos con vigas que en la Tierra fueran de madera, siempre peligrosas, pues se corrompían con el exceso de humedad provocando derrumbes. En cambio en Marte, las vigas eran de acero, ya que el mineral de hierro abundaba en el planeta. Gran parte de sus desiertos estaban compuestos por óxidos ricos de hierro y mientras se liberaba el oxígeno, se producía el hierro puro que luego se transformaba en acero, material metálico superabundante. Gracias a él, todas las construcciones de la ciudadela eran muy sólidas y resistentes a los derrumbes, sólo posibles en las zonas en construcción. Una vez terminadas las obras, jamás se había producido un solo accidente.

De pronto, al pasar por debajo de uno de aquellos amplios marcos de acero, apareció una mano tan misteriosa como inesperada. Cogiéndole por el brazo, tiró de él.

El tercio de gravedad que poseía Marte hizo que el tirón de aquella mano lo alzara en el aire. Parecía que fuera a aplastarle contra la ancha viga vertical de acero que formaba parte del marco, cuando ésta giró sobre un eje enterrado en la roca. En una fisura de la piedra, oculta tras la viga, des cubrió el rostro de uno de aquellos obreros, un rostro rapado, de ojos saltones como si fuera un pez y careciera de párpados.

—Rápido capitán Savannah. Si le ven, nos mataran.

Inmediatamente comprendió que aquel obrero era uno de los que formaban la resistencia que aguijoneaba constantemente al mariscal. Wacho aunque éste no quisiera reconocerlo, una resistencia que había enviado cortos y brevísimos mensajes a la Confederación pidiendo ayuda y socorro para los hombres, mujeres y niños convertidos en esclavos dentro de una civilización tan avanzada.

—¿Es un escondrijo esta grieta?

—Un escondrijo no, un camino. Sígame, capitán. Ha sido una suerte encontrarle sin que nadie le vigile.

—Si, venia solo por estos corredores en construcción.

—¿No le sigue nadie que pueda echarle a faltar? —preguntó aquel hombre que podría tener cuarenta años terrestres y en cambio representaba sesenta.

—¿Forma parte de la resistencia al gobierno del mariscal Wacho?

—Si. Somos muchos los que no estamos dispuestos a formar generaciones de esclavos que mantengan a esa raza superior que el hijo de perra del mariscal pretende crear, pero sígame, ahora no puedo hablar más.

El obrero se internó por la angosta grieta pegándose a las paredes y caminando de costado en un lugar carente de luz, Jack se percató entonces de que las indumentarias amarillas de los esclavos eran fosforescentes. De este modo, aun en las tinieblas, podían ser controlados por sus vigilantes a menos que se los tragara la tierra como en aquella ocasión, filtrándose por una gruta oculta tras una viga de acero movible a voluntad.

Savannah siguió al obrero. Primero caminaron horizontalmente y luego descendieron por una pronunciada pendiente donde la gruta era algo más ancha y permitía mejor el paso de un ser humano.

Llegaron a una pequeña sala de techo bajo en el centro de la cual había una sima tenebrosa como pozo abierto en las entrañas del planeta.

El obrero encendió una linterna y dio un largo silbido que luego quebró en cuatro ocasiones. Del techo de la nave brotó un garfio sujeto a un cable que al parecer provenía del interior de la piedra.

—Agárrese al garfio.

—¿Accionan el cable desde el fondo de la sima?

—Sí.

—Un trabajo complicado.

—Ha costado mucho tiempo y suerte construir nuestro escondrijo de la resistencia.

—Aquí abajo el aire es escaso y hace mucho calor.

—No tenemos las comodidades de arriba pero, aun encerrados en un pozo, somos más libres. Dése prisa, debo volver arriba o notarán mi ausencia en el lugar de trabajo. Darían la alarma y comenzarían

la búsqueda.

—¿Y para regresar yo luego?

—No tema, ya le acompañarán, nuestra guarida tiene dos salidas. Cuando llegue abajo identifíquese inmediatamente. Ellos saben que han llegado unos miembros de la Confederación pero no han visto sus imágenes por los visores como yo.

—¿ Y si desconfían?

—Dígales que Lemon le ha conducido hasta aquí. Los que hay abajo son amigos. Han ido escapando de sus lugares de trabajo y escondiéndose en la sima. Los soldados los han buscado durante tiempo y al final han desistido creyendo que han sido devorados por las hormigas o las gigantescas tijeretas que habitan en la superficie del planeta.

—¿Cómo se alimentan?

—Les traemos comida y cuanto precisan para nuestra liberación.

—¿Quiere decir que tienen un plan para liberarse?

—Sí, abajo se lo explicarán mejor. Buena suerte, capitán. Los esclavos de Marte confiamos en la Confederación, no nos abandonen, no merecemos esa suerte.

El capitán Savannah se despidió de aquel hombre al que quizá no volvería a ver nunca. Se agarró al garfio y el cable, como activado por su propio peso, comenzó a deslizarse hacia el interior de la sima.

La más absoluta negrura le rodeaba.

Aquello no era como en la nave superior, que había sido iluminada por la pila de mano del obrero. Ahora todo era oscuridad, tanto arriba como abajo, delante y detrás.

No supo la distancia que bajó en aquel descenso vertical, pero estaba seguro de que era considerable. Incluso, la temperatura ambiente podía haber aumentado un par de grados v el calor se hacia ya sofocante

Al fin tocó el suelo y varios haces de luz convergieron en su rostro. Una voz cavernosa le interpeló:

—¿Quién es usted?

—El capitán Jack Savannah de la Confederación Terrestre. He llegado a Marte junto con dos tenientes para dialogar con el mariscal Wacho y pedir la abolición de su independencia. Un hombre llamado Lemon, que ha quedado arriba, me ha traído hasta aquí.

—Todo coincide. Si, es el capitán Savannah.

Al quitarle los focos del rostro pudo ver aquellos trajes fosforescentes. Era como estar sumido en una pesadilla don de los hombres aparecían sin pies, manos y cabeza.

Se internaron por un túnel lateral saliendo a una amplia sala bien iluminada. Varios hombres aguardaban allí. Entre todos formarían una docena de seres, enterrados en vida con el fin de escapar y resistir al mariscal Wacho.

Jack observó que todos carecían de cabello. En voz alta dijo:

—Lemon me ha dicho que algunos de ustedes llevan mucho tiempo aquí abajo.

El que por sus arrugas semejaba más veterano asintió:

—Sí, yo mismo llevo ya cerca de dos años viviendo como un hijo de las tinieblas Luego, han venido otros que han podido burlar a sus vigilantes.

—¿Cómo estando tanto tiempo aquí abajo no les ha crecido el cabello?

Todos sonrieron. El más viejo que resultó llamarse Thoran, explicó:

—Los obreros somos sometidos a una sesión de radiaciones que eliminan todos los capilares pilosos. A partir de ese día, jamás se vuelve a tener un solo cabello. Fíjese en mis cejas, en mis pestañas, no hay cabellos. Esta es la forma de marcar a los esclavos en Marte.

Otro de los presentes añadió:

—Nos llaman obreros pero somos esclavos. No llevamos grilletes pero si unas vestiduras fosforescentes con las que pueden localizar inmediatamente en los túneles más lóbregos.

—Pero ustedes no llevan un cinturón como éste —dijo Savannah mostrándolo.

—Conozco ese tipo de cinturón. Está controlado por el computador de seguridad.

El que hablara con anterioridad observó:

—Con ese cinturón habrán podido seguirlo hasta aquí e incluso pueden estar oyendo lo que hablamos ahora.

—Es cierto —admitió Savannah—, Este cinturón controla mis actos. No debí venir a su guarida, pero no reparé en el cinturón.

—No tema, capitán, ese cinturón no es el legítimo. Es muy igual al verdadero pero no el mismo —dijo Thoran.

—¿Cómo?

—Thoran sabe lo que dice —aclaró uno de los presentes—. Es un gran sabio físico. No quiso trabajar para Wacho y fue condenado a ser obrero, él y toda su familia, marcando así hasta su descendencia.

Thoran suspiró.

—Sí, es cierto, soy un científico que se negó a colaborar con Wacho y a punto estuvo de costarme la vida en un ataque de cólera del mariscal con el que había colaborado durante mucho tiempo. En principio creí en él, pero luego comprendí lo que era y me negué rotundamente a servirle en sus locuras. Me condenó a ser obrero pensando romper mi resistencia, pero pude escapar y él creyó que un dermáptero me había devorado.

—Bien, Thoran, espero que entre todos consigamos demoler el poder del mariscal pero ahora dígame, ¿qué pasa con este cinturón que me aprisiona?

—Que no es el legítimo.

—No entiendo. Ayer traté de golpear al mariscal cuando a través de una pantalla estábamos viendo la caza de un obrero fugitivo que iba a ser devorado por esos monstruosos insectos y el cinturón me produjo tal descarga que me torturó durante algunos minutos. Fue algo horrible.

—Puede que eso sucediera ayer, pero hoy no. Conozco bien estos cinturones, ayudé a disertarlos contra posibles enemigos. Nunca creí que seríamos nosotros las victimas.

El anciano Thoran se acercó a Savannah. Tomó la hebilla entre sus manos ante la expectación de todos y las reservas del capitán que no deseaba volver a sentir sobre sus nervios la descarga electrónica.

CAPITULO VIII

Las manos viejas, ajadas pero todavía hábiles del científico fugitivo, consiguieron que la hebilla se abriera y nada ocurrió a Jack Savannah.

—Lo que decía, es sólo una imitación.

—No comprendo. A mí me dio una fuerte descarga, Thoran, ya se lo he dicho.

—Es posible, pero en ese caso no seria éste el cinturón que lo sujetaba. La hebilla de estos cinturones, al igual que las hebillas con el signo de Marte que llevan los elegidos, contienen determinados mecanismos que actúan según órdenes de la computadora.

—¿Los de los elegidos también?

—Sí, pero ellos pueden soltarse el cinturón a voluntad, lo que hace es protegerlos contra las hormigas y comunicar su Situación exacta a la computadora de seguridad. Si algo malo les sucede, da inmediatamente la alarma.

—Comprendo. Para ellos es el cinturón de seguridad, y para mis amigos y para mí, el grillete de seguridad.

—Algo así, pero este que lleva usted ahora no posee mecanismo alguno. No está sometido a ningún control, capitán Savannah.

—¿Será un espía que quiere engañarnos y atraparnos? —preguntó amenazador uno de los presentes.

—No teman, no soy ningún espía y entiendo menos que ustedes esto que sucede. Ayer, yo tenía el cinturón que me torturó. Por 1a noche cené, sintiéndome pesado y he dormido hasta esta mañana.

—Pueden haber sustituido el cinturón mientras dormía.

—¿Con qué objeto? —preguntó uno de aquellos hombres que fueran mutados artificialmente, perdiendo el cabello.

Luego, la vida con escasa luz, había transformado sus ojos e incluso su piel.

Aquellos hombres eran ahora fantásticas sombras de lo que fueron. Nadie que los hubiera visto antes de ser convertidos en esclavos del mariscal los reconocería.

—¿De mí, el qué?

—No lo sabemos —aclaró Thoran—. Quizá quieran conseguir algo de él.

—Quizá sea usted un hombre vehemente y no deseen que la computadora de seguridad lo lastime. Ella no tiene alma, es implacable. Posiblemente pretenden que usted siga creyendo que está bajo la vigilancia y control de la computadora a través del cinturón. De este modo, no se expondrá a rebasar ninguno de los triángulos rojo, ni a atacar a un elegido.

—¿Quiere decir que podría hacerlo ahora sin peligro para mí?

—En efecto. Cuando regrese arriba, es mejor que no demuestre conocer este secreto.

—Bien, ese detalle siempre será una baza a mi favor y ahora, confíen en mí. Lemon me ha conducido hasta aquí, él me conoce a través de las pantallas visoras. Es más, si llaman a la Confederación, pueden confirmarle mi identidad.

—Sólo podemos enviar mensajes interplanetarios en contadísimas ocasiones y deben ser muy breves. Es ya, por ahora, un éxito que no nos hayan descubierto.

—En la Confederación se han captado varios mensajes de ustedes, así he sido informado. Allí se conoce su movimiento de resistencia contra el despotismo del mariscal Wacho.

—Nosotros aprovechamos una alarma, una confusión general en la ciudadela, para lanzar nuestro mensaje. Luego cerramos antes de que podamos ser localizados. Los radiogoniómetros son fidelísimos y es muy expuesto. Sin embargo gracias a la antena disimulada en la superficie y que se prolonga una milla lejos de la salida, no hemos sido descubiertos

—La antena será un cable recubierto de fibra plástica ¿no?

—Sí. Emerge hasta la superficie y luego, enterrado bajo la arena, recorre una milla. Entre dos rocas sin importancia emerge la punta por la cual escapa el mensaje, por eso no nos descubren esos malditos secuaces.

—Magnífico, trabajan ustedes en ínfimas condiciones pero con tenacidad. A mí, en particular, me agradaría mandar un mensaje a la Confederación, a mis superiores.

—Entréguenos el mensaje y nosotros haremos lo posible por emitirlo.

—Deberá ser en clave ultrasecreta, una clave que las computadoras del mariscal no puedan descifrar.

—Como quiera, pero creo que a mis amigos y a mi nos agradaría

conocer su contenido. No olvide que estamos dejando la vida aquí abajo en nuestro movimiento de resistencia

—Por supuesto, Thoran. He de comunicar a mis superiores la situación real en Marte, el despotismo del mariscal Thoran, la esclavitud de ustedes, la existencia de esos gigantescos insectos en la superficie del planeta y la ubicación de la ciudadela.

—¿Esperará respuesta?

—No creo que el alto mando me dé una respuesta directa, Thoran, pero si decide que no hay diálogo posible con el mariscal Wacho y llegan a la conclusión de que cada día que pasa es más y más fuerte, quizá den la orden de invadir Marte y restaurar la antigua colonia confederada.

—Eso significaría una guerra total —observó uno de los esclavos que rodeaban al terrestre.

—¿Ven ustedes una posibilidad mejor?

Thoran suspiró.

—Doblamos en número a los opresores, pero ellos tienen armas y nosotros no. Sólo poseemos las herramientas que nos entregan para el trabajo y las pocas cosas que conseguímos hurtar.

—Y las cosas que hurtan, ¿dónde las guardan?

—En esta guarida. Esperamos poder fabricar armas con las que enfrentarnos a los hombres del mariscal.

—Un procedimiento un poco lento, Thoran. La Confederación atacaría desde el exterior con sus naves de guerra y ello causarla una terrible masacre por ambas partes, pero el punto débil del mariscal Wacho es ser atacado desde el interior.

—Pero, ¿cómo? Si sólo hemos logrado fabricar unos tubos de láser —dijo uno de los esclavos.

—Debemos estudiar el caso. Ustedes no son torpes, imagino que están capacitados sobremanera. Muéstrenme el material que han reunido. Por cierto, ¿la luz y la potencia para su emisor interplanetario, de dónde la sacan?

—Sergio —Thoran señaló a uno de los obreros— logró apoderarse de una de las pilas atómicas que alimentaban la ciudadela, una carga de isótopos de plutonio cuando la carga había sido llevada a la pila para suplir a la agotada. Estuvo a punto de morir pero logró escapar, no sin antes eliminar a varios de los soldados que le perseguían. Al fin, desapareció por la grieta y por

más que lo buscaron no fue hallado, ni utilizando detectores de radiaciones. Estamos a demasiada profundidad bajo la ciudadela para ser descubiertos.

—No me diga que construyeron aquí abajo su pila atómica de alimentación…

—Así es, capitán. Usted ya ha dicho que no somos torpes.

—En ese caso, el mariscal tiene muy malos enemigos, por ello no quiere hablar de ustedes.

—Si. Sigue buscándonos, pero hasta ahora no ha dado con nosotros. El robo del plutonio le irritó mucho pero a nosotros nos resulta de gran utilidad.

—¿Y el alimento?

—Viene por el mismo conducto que ha utilizado usted. Los compañeros que nos ayudan desde sus puestos de trabajo, dejan de comer una parte de la frugal comida que les sirven y ésta es reunida en bolsas que Lemon y otros amigos se encargan de recoger y prender del gancho.

—¿Y el agua?

Thoran sonrió.

—Los primeros terrestres que llegaron a Marte creían que este planeta era escaso en agua pero no es así, sólo que estaba en gran parte bajo la superficie y helada. Utilizamos el mismo procedimiento que el mariscal. Se perfora hasta encontrar el hielo, se introduce en él un elemento calórico y al derretirse, el agua fluye. Como el mariscal practica estas perforaciones desde la superficie bombea el agua que obtiene y la distribuye por sus plantaciones agrícolas e incluso por canales a la jungla de frutales. A nosotros nos es más fácil. El agua desciende a nuestra cueva y el exceso se hunde y desaparece por entre las grietas. No vayamos a olvidar que estamos en los túneles naturales de un volcán extinto.

—Y como elemento calórico utilizan una resistencia alimentada con la emergía producida por el plutonio, ¿verdad?

—Así es.

—Perfecto, pero veamos el armamento de que disponen. Muéstrenmelo antes de que componga mi mensaje para la Confederación. Quiero saber antes de comunicarme con mis superiores cuánto se les puede ayudar desde aquí por si la guerra se declara abierta.

—Sígame, capitán. Por lo que representa, usted puede ser la salvación de nuestro pueblo liberando a nuestros hijos que ya ignoramos quiénes son, puesto que están en manos de los elegidos y ellos los condicionan para que en el futuro los obreros sean más pacíficos y no ofrezcan resistencia alguna. Además, experimentan demoníacamente con ellos.

Savannah sabía que, efectivamente, se realizaban prácticas científicas inoculando ácidos nucleicos en los pequeños para adelantar su talento, pero todo aquello eran pruebas que se realizaban en la descendencia de los obreros como si los niños fueran simples cobayas.

—Mire, hemos construido de un modo burdo pero efectivo un par de centenares de pistolas láser.

Jack tomó en sus manos uno de aquellos rudimentarios láser. Apuntó hacia una roca y jaló el gatillo.

El rayo luminoso brotó del corto y nada pulido cañón. La roca se desgajó de la pared.

—No está nada mal —opinó—. ¿Cómo han obtenido los elementos necesarios?

—De las perforadoras láser que se utilizan en las canteras, minas y para la perforación de túneles.

—Bien, pero veo aquí mucho acero, muchos tubos, ¿no le han hallado utilidad todavía?

—No, por ahora es simple chatarra para nosotros —dijo Thoran

Todos observaban interesados a Jack que había conseguido ganar su confianza. Esperaban de él algo que les librase del mariscal Wacho.

—Thoran, antes le he dicho que el punto mas débil del mariscal Wacho no está en la superficie protegida, sino dentro de este intrincado nido de túneles que es el volcán que ahora da cobijo a la ciudadela, lugar donde se ubica todo el material de precisión y programación del mariscal.

—Si, pero la mayoría de los obreros trabajan fuera. No podrían venir aquí y proveerse de armas suficientes.

—Thoran, antes hemos quedado en que ustedes no eran torpes. Usted es un científico, ¿alguien más de aquí lo es?

Tres hombres levantaron sus manos.

—Perfecto.

—¿Qué trata de sugerir, capitán?

—Thoran, ustedes tienen gran cantidad de material, material heterogéneo , pistolas láser con las que cortar y soldar si es preciso.

—¿Qué pretende, que construyamos un cañón láser?

No algo más rudimentario, pero en este caso mucho más útil.

—Hable de una vez, capitán, nos tiene sobre ascuas. ¿Cuál es su plan? —preguntó uno de los presentes.

—Construyan una rudimentaria bomba de hidrógeno.

—¿Cómo? —exclamaron al unísono.

—Si, una de esas bombas que se construían hace más de un siglo en medio de grandes secretos. Tienen material y plutonio para alimentarla. El esquema es sencillísimo para hombres preparados como ustedes. No tienen la mentalidad que tuvieron Einstein o von Braun, están mucho mejor preparados que ellos.

—Diablos, es como decían antes, el huevo de Colón. Lo teníamos delante de nuestras narices y no habíamos reparado en ello. El esquema de una bomba de hidrógeno es cosa de niños para nosotros y tenemos el material y el plutonio suficiente, una carga equivalente a dos megatones.

—No es necesario que la bomba tenga una forma en particular, no debe ser trasladada a ninguna parte. Móntenla aquí mismo con cuidado de que no les estalle antes de tiempo. Pónganle un mecanismo para hacerla explosionar a distancia y que todos los obreros, en una huida unificada, abandonen la ciudadela y sus contornos.

—¿Qué cree que sucederá, capitán? —inquirió uno de los presentes.

—Si la bomba estalla, puede despertar de nuevo las entrañas del volcán, ya que está situada en un lugar idóneo. El núcleo de Marte, si no es tan efectivo como hace millones de años, si será suficiente para provocar une nueva erupción volcánica si la bomba «H» actúa de catalizador. Después de todo el fuego, la lava, no encontrarán resistencia. Los túneles ya están abiertos y no quedará absolutamente nada de las instalaciones del mariscal. Todo su poder se vendrá abajo porque los satélites que protegen a Marte están unidos a las computadoras y éstas son las que pasan las órdenes casi instantáneamente a las baterías láser. Si las computadoras son destruidas en su totalidad, habrá una confusión enorme y el imperio

del mariscal se vendrá abajo. Como las baterías están automatizadas, ya no serán útiles para repeler ningún ataque del exterior. Este también será el momento para que los obreros dominen la situación.

—Esto es fantástico —opinó uno de los presentes—. Si hacemos estallar la bomba de dos megatones, también arrastraremos a la mayoría de los soldados que se hallen en la ciudadela y a los elegidos.

—No, eso no —advirtió Jack—. Se les dará tiempo para huir, para escapar al exterior y que puedan ponerse a salvo. Después de todo, si sólo conservan las armas cortas, será como si estuvieran desarmados, pues inmediatamente las naves de la Confederación se presentarán aquí a imponer la paz y castigar a los culpables.

—Sergio —habló Thoran, el jefe de los resistentes—. El capitán tiene razón. No debemos comportarnos como ellos. Hemos de ser mejores, demostrarles que todavía hay humanidad. Todos no son culpables de lo que sucede. Hay mucha juventud que no conoce otro sistema de vida y ha sido educada en el despotismo del mariscal. En conciencia no son culpables y deben tener la oportunidad de rectificar.

—Magnífico, Thoran, veo que me ha comprendido.

Savannah miró a Sergio. Los ojos de aquel hombre, que posiblemente había perdido a los suyos a manos de los elegidos, estaban cargados de odio, un odio constante e irreductible.

—Bien, confío en ustedes. ¿Podrán colocarle un detonador a tiempo?

—Si, por supuesto, será un trabajo sencillo, ¿bastara una hora?

—Sí, creo que si. Ustedes deberán comunicarse conmigo en alguna forma.

—Su cinturón, capitán. Le pondré algunas piezas diminutas construidas en las largas horas que he pasado aquí y que nos han servido para comunicarnos con nuestros compañeros de arriba.

—¿Cómo me advertirá?

Notará una vibración tenue A partir de ese momento, tendrá una hora y media de tiempo. Transcurridos treinta minutos de la señal, conectaremos la bomba y huiremos hacia el exterior.

—¿Cómo se enterarán de lo que sucede los restantes obreros?

—Déjalo de nuestra cuenta, capitán. Tenemos un servicio de comunicación con el que advertiremos de lo que sucede. Los que se

hallen en los pozos de la ciudadela tendrán tiempo de escapar. Los que estén en las plantas agrícolas, en las minas o canteras, no correrán peligro alguno porque están demasiado distantes. Verán la erupción del volcán, luego ya les comunicaremos nuestra victoria.

—Bien, Thoran, voy a marcharme antes de que adviertan mi ausencia. Ustedes comiencen el trabajo, pero sería bueno que envíen un mensaje a la Confederación sobre cuál es nuestro proyecto.

—Correcto, capitán. Componga usted su mensaje. Advierta a los Confederación que vamos a destruir la ciudad con sus instalaciones, computadores y pilas atómicas de abastecí miento de todo el sistema.

—Sí —dijo Sergio—. En cuanto conozcan la noticia partirán inmediatamente de la Tierra con sus naves ultrarrápidas y aguardarán a prudente distancia de los satélites que rodean Marte. Cuando capten la explosión nuclear y la erupción del volcán, si es que llegamos a despertarlo, la invasión se producirá con tanta rapidez que ellos no podrán oponer resistencia.

—No tema por si el volcán no hace explosión, Sergio —dijo Savannah—. La explosión de la bomba de hidrógeno será suficiente para desequilibrar todas las computadoras.

Thoran compuso la hebilla del cinturón de Jack y volvió a ceñírsela a su cuerpo.

—Bien, díganme como salir de este laberinto. Luego preguntando a los centinelas, creo que podré regresar a la habitación que me han destinado.

—Puede utilizar la salida que da a la superficie, capitán. Es mucho más dura, pero sale al aire libre, al otro lado de las montañas escarpadas que rodean el cráter.

—No, mejor salgo por donde he venido. Además, como he cambiado por zonas en construcción, tendrá explicación el que vuelva lleno de polvo y suciedad.

—No olvida usted detalle, capitán. Creo que ha sido una gran suerte que usted llegara hasta nosotros dándonos la solución que, por lo sencilla, no habíamos imaginado.

Jack Savannah estrechó las diestras de aquellos hombres sepultados en vida por conseguir la liberación de su pueblo. Se dirigió a la salida dispuesto a regresar al centro de la ciudadela, donde nadie podía sospechar que desde aquel momento se

comenzaba a elaborar su destrucción.

CAPITULO IX

Al llegar frente a la puerta de su habitación, tras un largo recorrido y múltiples preguntas, descubrió a dos soldados armados que custodiaban la puerta. Frunció el ceño.

—¿Ocurre algo?

—Sigamos —dijo uno de ellos que poseía la graduación de cabo.

—¿Adónde?

—Síganos, es la orden que hemos recibido.

—Está bien, está bien, no vamos a discutir por eso. ¿Acaso quiere verme el mariscal Wacho?

Los soldados no respondieron y echaron a andar por los largos y bien iluminados corredores.

Jack se encogió de hombros, sabia que no iban a contestarle. Allí nadie respondía nada, era su sistema.

Por intrincados corredores y tras tomar un ascensor, llegaron a otro corredor donde se abrían puertas a ambos lados, con distinta numeración cada una de ellas. Los soldados se detuvieron ante una de las puertas, situándose uno a cada lado de la misma.

—¿Debo entrar ahí?

El cabo respondió.

—Hasta nueva orden, vivirá en esa habitación.

—¿Y los tenientes Kamura y Borodín?

—Sólo cumplimos órdenes, no sabemos nada.

—Ya, son robots. En fin, espero que me aclararán este cambio. Por lo menos, esta habitación, externamente, no tiene aspecto de mazmorra. Supongo que tendrá baño.

—Si lo tiene —respondió secamente el cabo.

—Menos mal. Con el polvo y la tierra que llevo encima me sentiría a disgusto si no lo tuviera.

Pulsó el botón que había en la hoja de madera y la puerta se corrió automáticamente franqueándole el paso.

De pronto se vio en una estancia espaciosa, agradable de temperatura y con abundancia de oxígeno a juzgar por lo bien que se respiraba. Una luz tenue, rojiza, le daba una atmósfera de excitante sensualidad.

—En la alcoba, lo que más destacaba era un amplio y mullido

lecho, un par de butacas, un pequeño mueble y una puerta que conducía a alguna otra parte.

«Ahí estará el baño», pensó.

Avanzó hacia la puerta que suponía ocultaba el aseo cuando ésta se abrió y una visión maravillosa le hizo exclamar:

—¡Ilde!

La fémina, con toda su bella cabellera rubia desparramada sobre los hombros, cubierto su cuerpo con una bata fina de tejido rosado, con los pies desnudos sobre el cálido suelo y los labios más rojos y brillantes que nunca, le miraba quieta, con sus grandes ojos bien abiertos, unos ojos que no revelaban odio ni rencor. Era como si expresaran amor, sumisión.

—Hola, Jack.

—¿Qué ocurre, Ilde, por qué estás aquí? Bueno, creo que te debo una disculpa.

—¿Por qué?

—Por lo ocurrido esta mañana en el comedor.

—Eso ya está olvidado, Jack.

Ilde abandonó la puerta y caminó hacia la cama, sentándose en uno de sus bordes.

—Bueno, creo que pareceré tonto si pregunto…

—¿El qué?

—Si ésta es mi habitación. Unos soldados me han traído hasta aquí.

Ella sonrió.

—No temas, Jack, ésta es la habitación a la cual te han destinado.

—Pero no tengo aquí ropa adecuada. Creo que la he dejado toda en la otra habitación.

—Si quieres cambiarte y sentirte más a gusto, encontrarás ropa de tu medida en el cuarto de baño. Aquí se prevee todo.

—Menos mal. Llevo tal cantidad de polvo encima que un baño me está urgiendo. Discúlpame, pero voy a dármelo ahora mismo.

—Haz lo que creas conveniente. Jack; estás en tu habitación.

El hombre pensó si estaría bien dejar sola a Ilde y meterse en el baño, pero optó por hacer lo que creía más conveniente.

Halló la ropa tal como le indicara la teniente, tomó un baño sin que el cinturón metálico pudiera dañarse, ya que sus cierres eran herméticos. Se vistió de nuevo y pasó a la alcoba donde la mujer

continuaba sentada en el borde del lecho.

Jack Savannah carraspeó.

—Bueno, ¿hay algún programa que deba cumplir ahora? Me refiero a si hay que visitar nuevos túneles o lugares de diversión. Por cierto, Kamura y Borodín, ¿han estado en el hormiguero gigante?

—Tengo noticias de que si.

—¿Y dónde están ahora?

—Lo ignoro, eso tendrías que preguntárselo a las tenientes Frida y Copppely.

—Cuando las vea les preguntaré. No me gusta que nos separen. —Jack...

—¿Qué? —inquirió buscando el lugar de dónde provenía aquella claridad rojiza.

—¿Sabes exactamente dónde estás?

El, sin mirarla, repuso:

—Pues en la nueva habitación a la que me han destinado Supongo que ésta la considerarán más segura, el mariscal Wacho puede opinar que soy un hombre peligroso.

—¿Y tu crees que lo eres?

—Yo diría que no es bueno que se fíen de mí. No me agrada su sistema y trataré de destruirlo por los medios que pueda. El sometimiento de hombres que aquí llaman obreros y que son tratados como esclavos es abominable.

—Jack, el mariscal, igual que las computadoras que te han analizado, te consideran un hombre perfecto

—Hum, ¿debo estarles agradecido por el halago? Por cierto, ¿Cómo re responde al cumplido de una computadora?

El hombre se la quedó mirando fijamente. En su mente había nacido una sospecha. Luego continuó preguntando.

—¿Acaso has sido programada para mi.

—Si.

—Diablos, esto si que no lo esperaba.

—Jack, debo dar un hijo a nuestra República, ya me ha tocado la hora.

—Lo que es un hijo mío no lo das a ese tipo que se hace llamar mariscal.

—Jack, ¿tan horrible te parezco?

Ella se puso en pie y el hombre tuvo que tragar saliva.

—No, en absoluto. Eres hermosa, la mujer más hermosa que he visto jamás y creo que en circunstancias normales me agradaría pedirle que fueras mi esposa.

—Pero aquí no hay matrimonio, Jack. Ya conoces el sistema.

—Aborrecible. Un hombre y una mujer no pueden someterse pasivamente a una computadora.

—Jack, si tú no me das ese hijo que exige la República, mañana seré destinada a otro hombre que ahora ni siquiera sé quién es, quizá no lo haya visto jamás.

El se le acercó. Se sentó junto a ella y le acarició el cabello al tiempo que observaba:

—Lo dices con pena, Ilde. Es como si desearas que ese hijo fuera mío.

—Así es —asintió notando que sus mejillas ardían.

El la cogió por la barbilla y le obligó a girar el rostro, encarándola con él.

—Estás sonrojada, parece que dices la verdad.

—Jack, Jack, no sé qué me ocurre.

—Creí que vosotras no podíais enamoraros, que erais totalmente unos robots. Ahora veo que el mariscal no ha logrado salirse con la suya.

—No hagas más difíciles estos momentos, Jack.

—Vamos, Ilde, confiésalo. Tú no estás conforme con el despotismo del mariscal Wacho, con sus malditas computadoras que incluso programan los actos más íntimos de los seres que se aman.

—Jack, estoy confusa, tengo miedo. No sé que pensar, solo sé que junto a ti me siento distinta, mucho mejor.

—Pero frente a él estás dominada.

—Si, es el sistema, la educación que me han dado.

—Estás a tiempo de olvidarlo. Piensa que hay hombres que sufren, que mueren de forma atroz. Hay que liberarlos.

—Jack, tú no estás casado en la Tierra, ¿verdad?

—No, ¿por qué?

—No sé, una pregunta tonta.

El la cogió por los hombros, zarandeándola un tanto.

—Sí lo sabes, Ilde, si lo sabes.

—Me aterroriza confesarlo. Es una debilidad, Jack.

—¿Una debilidad? Una mujer es débil, un hombre es débil. El ser

humano, por débil y humano, es fuerte, aunque parezca una paradoja. La política del mariscal Wacho está condenada al fracaso porque convierte a los hombres en máquinas y a las máquinas en seres que ordenan, que organizan. No es correcto. Se débil y serás mujer, serás tú misma. Te darás cuenta de que es bello, de que es necesario tener alma, conciencia propia, poder de raciocinio y derecho a mandar sobre ti misma, sobre tus propios pensamientos.

—Me es difícil pensar que tengo voluntad propia, Jack, pero siento algo distinto por ti, algo que no he sentido antes por nadie. No sé si está bien decirlo, pero no soy una mujer terrestre sino una chica nacida en Marte, aunque mis padres fueran terrestres como tú.

El la estrechó con suavidad.

—En la Tierra, a lo que tú sientes le llamamos amor y no es vergonzoso, todo lo contrario. Yo también te amo, Ilde también te amo.

—Jack, ahora tengo más miedo que nunca

—¿Por qué?

—Por el mariscal.

—Ya le dije que no era omnipotente.

—Pero él tiene poder sobre nosotros. A mi puede aparejarme con otros hombres y yo no quiero. Antes de llegar tú a Marte me hubiera dado lo mismo, todos los hombres eran iguales para mi y yo debía cumplir, como todas las hembras de esta República, entregando hijos para la supervivencia de la raza de los elegidos pero a ti, a ti es mucho peor.

—¿Quieres decir que el mariscal ordenara mi muerte?

—Jack, Jack, no se como decírtelo.

—¿El qué?

—Jack, no puedo ser una traidora. Tú eres enemigo de nuestra República.

—Tus sentimientos son encontrados, Ilde. Yo no soy enemigo de los que viven en Marte, la Confederación no es enemiga de los hombres libres, sino del sistema alucinante y maníaco del mariscal. Tú ya tienes conciencia. Debes aprender a distinguir entre el bien y el mal y no entre una orden u otra. Si así lo hicieras, serias una máquina más de este abominable sistema.

Ilde Mettuna, nerviosa, se debatía en sus pensamientos contradictorios. La educación que recibiera luchaba con los

sentimientos nuevos nacidos con la llegada del capitán Savannah. Jack creyó oportuno infundirle confianza, la estrechó más contra sí y la besó en los labios.

Un par de minutos más tarde, Ilde había cobrado una grata laxitud, no luchaba ya. Los labios varoniles habían sabido calmar su espíritu. Sin embargo, los maravillosos ojos azules se llenaron de lágrimas.

¿Por qué lloras, Ilde?

—Porque te amo y temo por ti.

—No sufras, sé cuidarme.

—Contra el poder del mariscal no vas poder, Jack. No olvides que estás en su ciudadela.

—No creo que me mate, Ilde. Eso le abocaría a una guerra total con la Confederación.

—Quiero hacerle algo horrible, Jack, algo peor que la misma muerte.

El hombre parpadeó. Ella trató de refugiarse en su pecho como avergonzada.

—¿Qué tratas de decirme, Ilde, qué tiene programado para mi ese maníaco del mariscal?

—Jack, es algo aterrador, algo inhumano, pero él lo ha decidido y todo porque una maldita computadora de análisis ha dicho que tú eres el hombre idóneo.

—¿El hombre idóneo? No entiendo. Veo que he sido programado también, pero parece que tú sabes algo más

—En una de las salas de alta seguridad hay una cosa horrible.

—¿Qué es?

—Un cerebro liofilizado.

—¿Un cerebro liofilizado, a quién perteneció?

—Al mayor Kleveland.

—Oí hablar mucho de él. Era un gran científico, lástima que estuviera de parte del mariscal.

—Kleveland falleció de accidente, pero consiguieron liofilizar su cerebro antes de que éste muriera con el cuerpo.

—¿Y qué hacen con el cerebro liofilizado, acaso esperan revivirlo algún día?

—Jack, a ese cerebro le hace falta un cuerpo para ser resucitado, un cuerpo con el que se alimentará en adelante.

—Aguarda... No me estarás diciendo que el cuerpo que necesitan para ese cerebro reviva es el mío, ¿verdad?

—Sí, Jack —asintió ella estremeciéndose.

—Esto es más que horrible, Ilde. Ese hombre ha rebasado los límites sencillos de la locura. Y pensar que tiene tanto poder...

—Cuando te hicieron los análisis de la cuarentena; la computadora médico dijo que tú eras el donante idóneo.

—Pues al diablo con el cerebro del mayor Kleveland, no tendrá mi cuerpo. No estoy dispuesto a que me extirpen el cerebro para colocarme otro en su lugar.

—Sé que el mariscal me condenará a quitarme el cinturón de protección y me abandonará en la jungla para que los monstruos me devoren. Es la muerte que se da aquí a los traidores.

—No temas, Ilde, ningún insecto te va a devorar. Tú has tenido confianza en mí y yo no la defraudaré. Pero es necesario que podamos combatir al mariscal ahora que comprendes el horror de los actos que comete. Creo que estarás dispuesta a colaborar con el mundo libre.

—Ya no me queda otro remedio, Jack. Después de revelarte el secreto que el mariscal me confió, no tengo posibilidad de seguir junto a él.

—Bien, no lamentarás haber hablado a tiempo, te lo prometo. Dime. ¿Por qué tanto interés en salvar el cerebro de Kleveland?

—Cuando Kleveland murió estaba investigando unos microorganismos de muy rápida multiplicación y mortales para el hombre, pues se reproducen en la misma atmósfera, están en suspensión. El mariscal ignora que yo conozco estos detalles. No todo en la ciudadela es como él cree y pretende. Creo que las mujeres siempre son mujeres.

—¿Alguna compañera tuya te lo explicó?

—Sí, una teniente del departamento científico. Las mujeres siempre necesitamos hablar y ella se desahogó.

—Que el cielo la bendiga por haberlo hecho. Continúa.

—El desea por todos los medios que esta investigación prosiga porque estaba sin concluir. Esos microorganismos estaban totalmente sintetizados, no puede haber vacuna contra ellos.

—¿Y el equipo del mayor Kleveland, después de su muerte, no ha podido evolucionar en sus investigaciones?

—No, no están tan capacitados como él.

—Es un alivio. ¿Cuál era el objeto de esa especie de virus?

—Enviarlo a la Tierra y aniquilar con él toda la vida animal, ya que este virus se multiplica en miríadas a razón de cada tres minutos. En pocas horas, toda la Tierra quedaría invadida. Wacho, tras haberse apoderado de Marte, se apoderaría de la Tierra y así extendería su imperio, el imperio de los elegidos, de la raza pura.

—Menos mal que no lograron adelantar la investigación.

—Pero, Jack, ¿qué ocurrirá ahora? Tú no puedes escapar de la ciudadela y tus amigos tampoco. En cuanto a mi, cuando te descubran a ti seré descubierta yo. No te niego que me causa pánico morir entre las fauces de una hormiga o las pinzas de un dermáptero. Es una escena que he visto muchas veces a través de las pantallas visoras y jamás me he acostumbrado a ellas, me horrorizan.

—No temas, yo cuidaré de los dos. Ahora, relájate y dime que me amas, aunque esas palabras todavía suenen extrañas a tus oídos.

Ella enlazó el cuello del hombre y buscó sus labios.

—Te amo, Jack, te amo.

—Si salimos con vida de ésta, te presentaré a mi padre. Es un viejo estupendo, te lo aseguro.

—¿Para qué quieres presentármelo, Jack?

—El deseará conocer a la nuera que le va a dar nietos, cariño.

La besó larga, apasionadamente, y ambos dejaron de ver la luz roja y sensual que les rodeaba.

CAPITULO X

En el cuarto de aseo, Jack Savannah se frotó el rostro con agua helada. Luego, tras secarse, preguntó con voz o suficientemente alta para poder ser oído por Ilde desde la alcoba:

—¿Qué hora será?

—Corresponde a las cinco de la madrugada.

—Diablos, hace un montón de horas que entré en esta habitación. Eso de no tener reloj me desconcierta.

—En Marte sólo tienen reloj los elegidos y los soldados. Los obreros carecen de él.

Jack Savannah abandonó el baño y descubrió a Ilde frente a una mesita con ruedas y provista de alimentos.

La mujer vestía el ajustado traje de su uniforme que realzaba su espléndida belleza. Sus ojos parecían transfigurados, más brillantes, más expresivos. Ya no era la autómata que el mariscal Wacho tratara de crear.

—Caramba, veo aquí cosas apetecibles.

—Lo he hecho traer para ti. La noche pasada no cenaste y he supuesto que tendrías apetito.

—Pues no te lo niego.

Jack cruzó la estancia con luz rojiza y acercándose a la mesita rodante tomó un emparedado de carne de pato

—Esta bueno.

—Jack, ¿Por qué no podría ser todo como nosotros deseamos?

—Ilde, son muchos los que desean lo mismo, pero lo están pasando muy mal en estos momentos. Aguarda…

Ante la repentina expresión de sorpresa e incredulidad que se plasmó en el rostro de Jack, Ilde preguntó:

—Que te sucede?

—No es posible, no puede ser.

—¿El qué no puede ser? Me asustas, Jack, habla de una vez. ¿Qué sucede con tu cinturón, por qué lo tocas de esa forma?

—Está dando la señal.

—No es posible, Jack.

El le acarició el cabello y dijo:

—Ya sé que este cinturón no es el legítimo, que con él no me

controla la computadora de seguridad.

—¿Lo sabes? Entonces, ¿por qué lo tocas de esa forma?

—Porque me está dando una señal. Ahora hay que darse prisa. Tengo que ver al mariscal inmediatamente.

—¿Por qué?

—Tengo algo importante que comunicarle. La ciudadela está amenazada de destrucción y debe ser evacuada de inmediato, lo que no comprendo es cómo han podido construir ese artefacto con tanta rapidez.

—Pero ¿de qué artefacto hablas?

—No tengo tiempo para explicártelo, pero esos hombres son unos genios. Ciertamente se trataba de construir un mecanismo arcaico para nuestra avanzada civilización, pero tal rapidez me asombra.

—No entiendo nada.

—Vamos, llévame a presencia del mariscal, pero primero busquemos a Kamura y a Borodin. ¿Dónde pueden estar?

—Posiblemente en habitaciones contiguas.

—Salgamos corriendo.

Salieron al corredor. Ilde insistió:

—Explícame lo que ocurre.

—Verás, los obreros han formado un grupo de resistencia y van a destruir la ciudadela en el plazo máximo de una hora y media. —Luego gritó—: ¡Borodin, Kamura!

Hubo de insistir varias veces en la llamada y golpear las puertas hasta que al fin, acalorado, apareció Kamura

—¿Qué ocurre, capitán?

—Va a desatarse el averno. Busque a Borodin hay que ir rápido.

—Creo que está en la puerta de al lado.

Borodin apareció en una de las puertas, con expresión somnolienta pero feliz.

—¿Qué ocurre ahora?

—Vamos, Borodin, hay que darse prisa. Entren ahí y pidan los láser a sus hermosas compañeras.

—¿Y si no nos los dan?

—Si protestan, ustedes sabrán cómo cerrarles la boca, pero vengan armados y rápido.

Los tenientes no tardaron en regresar con las correspondientes armas.

—Ilde, vas a hacernos un favor.

—¿Qué, Jack? Ya sabes que estoy contigo.

—Quita los cinturones a Borodin y Kamura. Tu sabes cómo hacerlo sin que ellos sufran daño.

—Si no desconectan sus claves respectivas en la computadora de seguridad como ocurrió cuando cambiamos el tuyo, es imposible hacerlo.

—En ese caso, antes de que sufran una tortura, dame tu pistola láser.

—Si me descubren sin ella tendrá problemas para explicar su falta.

—No temas, Ilde, no habrá tiempo para explicaciones. Dame el láser.

La joven desenfundó el arma entregándola a Jack. Este tomó el cinturón de Kamura por la parte de la espalda y tiró de él apartándolo de la carne el máximo posible. Apuntó con el láser y jaló el gatillo.

El fluido rectilíneo y fino de fotones brotó con su gran poder, seccionando el metal.

—Cuidado, capitán, que ahí debajo tengo carne —protestó Kamura.

Jack arrojó el cinturón partido contra la pared. Inmediatamente brotaron chispazos y humo y un timbre de alarma sonó estridentemente en el corredor.

—La computadora de seguridad ha dado la alarma, Jack. Ahora nos perseguirán.

—No temas, aún no está todo perdido. Ahora te toca a ti Borodin.

El segundo cinturón cayó al suelo con el consiguiente efecto de chispas y humo La alarma prosiguió insistente.

—Toma, Ilde, apúntanos con el láser. Ustedes escondan sus pistolas bajo la camisa, rápido.

La teniente Mettuna, ahora con la pistola en su mano, preguntó vacilante:

—¿Qué hago ahora?

—Llévanos a presencia del mariscal Wacho, como si nos hubieras atrapado.

Aparecieron dos parejas de soldados armados, por cada lado del pasillo. Mettuna los contuvo con su voz de mando.

—Quietos, ya los he atrapado yo. Debo llevarles a presencia del mariscal Wacho.

Ante la presencia de un miembro de los elegidos, miembro de clase superior al que los soldados debían obedecer en todo, éstos abrieron paso y los tres hombres caminaron delante de la mujer que les encañonaba.

Pasaron por varios corredores. La alarma cesó, pero todos permanecían vigilantes y cada sala que cruzaban era como pasar un control, pues inmediatamente se comunicaba al departamento de seguridad.

—Cuando estemos delante del mariscal, ya no podremos escapar.

—No temas, Ilde, lo que quiero es que se salve el máximo de gente posible, pero tendrás que decirme una cosa.

—¿El qué?

—¿Cuál es la salida más rápida para llegar al aeropuerto, a la superficie del cráter?

—El ascensor ciento catorce. Ese sube directo al cráter.

—¿Está nuestra nave arriba?

—Sí, tal como la dejasteis. Aparte de desinfectada, por lo demás está intacta.

—Perfecto.

—Pero, capitán, ¿qué ocurre? —preguntó Kamura. Borodin hizo lo propio con la mirada.

—Dentro de una hora o poco más, en las entrañas de este volcán extinto estallará una arcaica pero efectiva bomba de hidrógeno de dos megatones. Imagínense lo que pasará

—Jack, ¿es cierto lo que dices?

—Sí. Esa bomba ha sido construida por los resistentes obreros que han escapado a la esclavitud. Hay que darse prisa y pedir al mariscal que el máximo de gente abandone la ciudadela. No deseamos que muera gente, sino que las instalaciones sean destruidas.

—Si estalla una bomba nuclear en el fondo del cráter puede revivir la acción volcánica ya extinta, capitán.

—Eso es lo que todos esperan, Kamura, pero vayamos rápido. Queda poco tiempo.

Ilde los condujo al puesto de mando. Allí encontraron al mariscal Wacho, que alertado por la alarma, había abandonado su alcoba,

acudiendo al despacho.

—¿Qué ocurre, teniente Mettuna, qué significa esto? ¿Por qué están aquí estos hombres?

—Se han quitado los cinturones, mariscal —dijo insegura de su propia voz.

—En ese caso, recibirán su castigo, ha hecho bien trayéndolos a mi presencia. Ya estoy harto de ustedes, ¿oyen?

—¿De mí también, mariscal? —preguntó Jack burlón.

—De usted más que de nadie.

—¿Va a torturarme o me necesita para algo más especial, mariscal?

—¡Teniente Mettuna! ¿Qué sabe este hombre?

—Mariscal, no le pregunte a ella. Dé orden inmediata que la ciudad sea evacuada.

—¿Cómo?

—Lo que está oyendo. Que evacuen la ciudadela y sus aledaños.

—¿Y por qué, capitán? —inquirió fríamente.

—En breves minutos va a ser destruida y nadie quedará aquí dentro para servirle. Es posible que cualquier persona que se halle en la ciudadela muera.

—No me diga que la ciudadela va a ser destruida.

—Exactamente.

—No me diga, capitán. ¿Acaso están las naves de la Confederación aproximándose a Marte? Le advierto que mi sistema de satélites centinelas no las dejará pasar y serán destruidas.

—No, mariscal, no vienen las naves terrestres.

—Entonces, ¿cómo van a destruir la ciudadela? Creo que está desvariando, capitán.

—Mariscal, la destrucción vendrá desde el núcleo de esta volcán donde se ha ubicado la ciudad

—¿Qué trata de decir?

—Hay una bomba de hidrógeno preparada para estallar. Tienen el tiempo justo para evacuar la ciudad; luego ya será tarde.

El mariscal Wacho prorrumpió en una carcajada.

—No me haga reír. ¿Y quién ha puesto esa bomba abajo, capitán?

—Los obreros de la resistencia a su régimen.

—No hay obreros resistentes. Todos los que escaparon perecieron entre las fauces de los dermápteros y las hormigas.

—¿Le dice algo el nombre de Thoran, mariscal?

—¿Thoran? —palideció—. No puede ser, ese hombre murió.

—No murió, mariscal, él ha construido la bomba de hidrógeno.

—¿Con qué plutonio?

—¿No recuerda que le robaron una carga de plutonio de una pila atómica, mariscal?

—Sí, es cierto…

—Pues ese plutonio es el que compone la carga explosiva de la bomba que va a estallar.

—Ahora mismo van a desactivarla, capitán.

—No, eso no se podrá hacer. Todas sus instalaciones serán destruidas y usted no podrá impedirlo. No hay tiempo para desmantelarlas y salvarlas, Además, las naves de la Confederación ya estarán en camino para apoderarse de Marte, cuando todo su sistema de cerebros electrónicos quede aniquilado. Sus satélites ya no podrán impedir el paso de las naves de la Confederación porque carecerán de control y coordinación.

—Imposible. Usted hará desactivar esa bomba o los mato.

El mariscal desenfundó su pistola láser y apuntó hacia Jack Savannah, dispuesto a matarlo.

Ilde Mettuna desvió su arma y jaló el gatillo, había sido preparada para ello y lo hizo sin vacilar.

El mariscal Wacho cayó perforado por el rectilíneo chorro de fotones del láser.

—Gracias, Ilde; has hecho lo mejor para todo el mundo. Ahora, dame tu pistola; hay que poner en marcha todo este sistema.

—¡La alarma, la alarma! —indicó Ilde.

—¿Qué ocurre ahora?

—La computadora de seguridad ha dado la alarma por el atentado de que ha sido objeto el mariscal. El era el centro de seguridad y por tanto los máximos cuidados se dirigían a su persona, protegiéndola.

—Pues tendremos más trabajo para escapar, Ilde. ¿Sabes cuál es el botón para hablar a toda la ciudad en pleno?

—Creo que es este botón azul. Púlsalo y habla por el micrófono.

Jack así lo hizo.

—¡Atención, atención, hablo a la ciudadela! ¡El mariscal Wacho ha muerto, la república queda disuelta! ¡Atención, atención, todos

los hombres y mujeres que se hallen en el interior de la ciudadela deben abandonarla cuanto antes, va a ser destruida, les queda menos de una hora, dense prisa!

—No te harán caso, Jack. Sólo obedecen a la voz directa del mariscal o las órdenes que da la computadora de seguridad.

Kamura preguntó interesado:

—¿Y qué órdenes habrá dado esa computadora después de la muerte de Wacho?

—Sólo hay una orden, eliminarnos donde quiera que nos hallen.

—Ya he dado el aviso, pero valdrá más repetirlo —dijo Jack con el micrófono delante.

En aquel instante ocurrió algo extraño. Primero notaron una vibración bajo sus pies y luego el suelo comenzó a temblar cada vez con mayor intensidad.

—¿Qué ocurre, Jack? —inquirió Ilde asustada.

—¡La bomba, la bomba ha estallado antes de tiempo, ha fallado algún mecanismo o el rencor de un hombre que desea destruir a todos los servidores del mariscal la ha activado antes de tiempo. Sea lo que fuere, jamás tendremos ocasión de descubrirlo. ¡Hay que escapar cuanto antes! ¿Dónde está el ascensor del cráter?

—¡Seguidme!

Corrieron hacia un pasillo, pero por otro pasaron varios soldados al mando de dos tenientes y un capitán de los elegidos que dispararon sus láser.

Borodin rodó por tierra, atravesado por el rayo mortal.

Ilde llegó a un ascensor y la puerta se abrió ante ella, mientras el suelo tremolaba cada vez más. Parecía que todo fuera a derrumbarse sobre ellos.

—¡Adentro, capitán, yo protejo el camino! —murmuró Kamura. Mientras se adentraba en el elevador, los perseguidores llegaron junto a ellos.

Kamura disparó su pistola y dos de los oficiales murieron. Los otros soldados tuvieron tiempo de disparar y Kamura fue alcanzado de lleno.

—¡La puerta! —gritó Ilde.

La puerta se cerró y la pareja quedó aislada en el ascensor que a velocidad vertiginosa se elevó hacia la superficie.

Las ondas vibratorias sacudían la cabina, semejaba ir a quedar

detenida de un instante a otro entre las paredes que la aprisionaban.

Mientras, en el fondo del volcán, la bomba de hidrógeno había provocado una gran perforación y por los túneles comenzaba a brotar un calor infernal seguido de la lava procedente del incandescente núcleo marciano. Los túneles y galerías quedaron inundados, abrasando cuanto hallaban a su paso. Los más sólidos muros fueron derribados y las instalaciones aniquiladas.

El cerebro del mayor Kleveland fue uno de los primeros en fundirse junto con la masa de lava ardiente que lo invadió.

Ilde y Savannah arribaron a la superficie del cráter sin que al ascensor le hubiera sucedido nada, pero el gas de azufre se hacía ya insoportable.

La pista del aeropuerto espacial fue agrietándose a su paso, como si tratara de impedirles que arribaran a la nave terrestre. Mas, lograron subir a ella y Jack se hizo cargo inmediatamente de los mandos mientras el humo sulfuroso escapaba del cráter.

—Ilde, sujétate el cinturón. Vamos a despegar y será en forma violenta. Hemos de superar la gravedad marciana.

Puso en marcha los motores. La nave comenzó a alzarse, primero lentamente, y luego con vertiginosa rapidez mientras por la superficie del aeropuerto comenzaba a aparecer la lava ardiente que todo lo devoraba.

Ya no había vida en la ciudadela, sólo sobrevivirían quienes estaban fuera de ella, en las canteras o los campos agrícolas, donde se encontraban casi todos los obreros sometidos.

Mas, pronto arribarían las naves de la Confederación, sin hallar resistencia y la normalidad volverla a aquel planeta dominado por un maníaco que, al igual que todos sus antecesores en la historia, había muerto sin lograr sus ruines propósitos.

Mientras, una nave se colocaba en órbita, dispuesta a aguardar la llegada de las naves confederadas. Dentro de ella, una pareja que ya no se separaría jamás, que dejaría atrás el sistema de apareamiento por programadoras electrónicas y viviría en la paz de un feliz matrimonio que también habría de darles descendencia.

FIN